
TORBELLINO DE HORROR
MARCUS SIDEREO
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO


cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

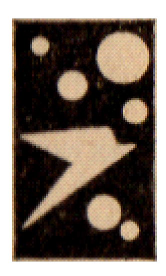
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

12 – El canje, *Ralph Barby*.
13 – Fronteras del terror, *Peter Derby*.
14 – Un enviado a la Tierra, *Marcus Sidereo*.
15 – Cronoclismo, *Glenn Parrish*.
16 – Un minuto en la cuarta dimensión, *Ralph Barby*.

MARCUS SIDEREO

TORBELLINO DE HORROR

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 17
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 39.446 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1970

CAPITULO PRIMERO

Sus manos brillaban de un modo extraño.

Su cuerpo comenzó a moverse lentamente.

«¿Dónde estoy?», fue la primera pregunta que se formuló in mente.

Estaba vivo.

Podía sentir y pensar.

¿Pero qué sentía?

Nada.

Estaba tendido con la espalda contra el suelo.

En lo alto brillaban lucecitas. Asteroides, constelaciones, rodeadas de azul oscuro, muy oscuro. Todo era noche.

Sin embargo...

Miró sus manos fosforescentes. ¿De dónde procedía la luz? Palpó de nuevo el suelo.

Notó algo viscoso, difícil de definir con el simple tacto.

Lentamente se incorporó con alguna dificultad.

Estaba como adormecido, con la sensación de haber recibido un golpe o... algo que le había sumido en la inconsciencia.

Intentó recordar.

Nada.

Sus pensamientos pretéritos le conducían a la nada.

No podía saber de dónde procedía, ni qué estaba haciendo allí.

¿Había sido todo un sueño?

Recordó unas palabras:

«Hay dos clases de vida.» ¿Dos clases de vida?

Forzó su intelecto.

«Hay la vida que todos aceptamos como real, como auténtica, pero está también la vida de los sueños.»

¡La vida de los sueños!

¿Estaría soñando?

¿Cuál de las dos es realmente auténtica?

«El alma puede elevarse..., ir más allá de la percepción normal de los sentidos.»

¿Dónde había oído aquello?

Se sentó sobre aquella extraña superficie y sus manos posando en el suelo sintieron de nuevo aquel contacto viscoso, extraño.

Las miró.

Nada. Parecían limpias, pero fosforescentes.

— ¿Dónde estoy? —murmuró y aquella vez pudo oír su propia voz.

Miró en derredor, puesto ya en pie.

Se imaginó un desierto... Algo inhóspito, extraño.

¿Por qué le parecía extraño?

— ¿Acaso sé de dónde procedo? —se preguntó escuchando otra vez su propia voz.

Pero... ¿Acaso procedía de algún sitio?

Era como un recién nacido. ¿Se puede recordar el momento en que se viene al mundo?

¿Puede un adulto memorizar sus recuerdos desde el instante en que es expulsado del seno materno?

¿Era aquello el nacimiento?

No... El había nacido muchos años antes. ¿Cuántos? No podía recordarlo.

Nada de su pasado se hallaba al alcance de sus pensamientos.

¿Y su nombre?

—¿Cómo me llamo?

—¿Tengo amigos?

—¿Acaso me he perdido en una de las excursiones exploratorias?

¿Exploratorias?

¿Era acaso un explorador?

De nuevo su subconsciente permaneció en blanco, sin poderle dar respuesta a sus preguntas.

Su mirada paseó por el ancho campo extraño, llano, oscuro.

Sus botas pisaron una superficie blanda, viscosa.

¿Qué era aquello?

¿Dónde había recuperado la vida?

¿La había recuperado?

Comenzó a caminar.

No tomó ningún rumbo determinado porque ignoraba dónde se hallaba.

No existían caminos. Todo era llano, indefinido.

De pronto pensó en los sueños.

¿Sueños? ¿Se llamaban realmente sueños?

Cuando cerraba los ojos vivía otra vida... Veía cosas, era protagonista de incidentes y luego despertaba...

¿Cuál era la vida real? ¿Cuándo empezaba realmente a vivir? Cuando tenía los ojos cerrados o cuando los tenía abiertos.

Buscó sus ojos.

Estaban abiertos; luego no dormía, no estaba soñando.

De repente pensó que hasta para sí mismo era un ser desconocido,

¡Un ser desconocido!

CAPITULO II

Tenía la sensación de haber estado dando vueltas y más vueltas en un círculo.

Todo en derredor suyo seguía oscuro, llano, sin el menor detalle con que poder orientarse.

Y así, aquel ser, desconocido para sí mismo, cayó extenuado.

No pudo oír el leve zumbido que procedía de algún lugar y que se aproximaba a él.

El zumbido procedía de dos motores «Unipersonales».

Cada uno de aquellos dos motores que producían el ruido iba acoplado a la espalda de un hombre.

Eran dos los hombres que se aproximaban por los aires.

La turbohélice les mantenía en el aire a velocidad regular.

A través de sus viseras amplificadoras dotadas de rayos, podían ver a través de la oscuridad. Uno de los hombres señaló un punto.

—Allí —dijo simplemente.

Los dos dirigieron su vuelo hacia donde yacía el caído.

Se posaron en el suelo y cerraron el contacto de sus respectivos motores.

— ¿Es él? —preguntó el otro.

—Seguro. Su descripción coincide.

—Bien. Utilizaremos el motor de control a distancia.

—Sí.

Uno de ellos, portador de una especie de maletín, sacó de su interior un motor parecido al que llevaban él y su compañero.

Mientras uno le mantenía en pie, el otro le pasaba las correas por debajo de las axilas, a fin de que el motor quedara en posición de funcionamiento, como una mochila, a su espalda.

—Listo —dijo.

—Vámonos, pues.

El que le había pasado el motor pulsó una palanca que puso en movimiento una aguja oscilante.

—Fijado el rumbo.

—De acuerdo.

Se elevaron.

El portador del control remoto pulsó el botón de un reloj y cuando la aguja coincidió con el punto fijado en el mismo sitio que la del motor del hombre inconsciente, éste se elevó por los aires impulsado por el turborreactor.

Inconsciente voló a merced de quien le conducía.

Era como un muerto flotando en el espacio.

*

— ¿Doctor K? —preguntó la voz femenina.

El abrió los ojos.

Miró en derredor.

Aquello le pareció lo más semejante a un hospital.

Fijó sus ojos en la propietaria de la voz que le había despertado.

— ¿Doctor K? —volvió a repetir la mujer.

Era joven, bien parecida. Vestía un traje que parecía confeccionado con caucho, completamente ajustado a su cuerpo, remarcando sus bien proporcionadas formas.

— ¿Doctor K? —inquirió él, mirando fijamente a la joven.

— ¿No es éste su nombre?

—No… No puedo acordarme —murmuró él.

—Karban —repuso ella—. Este debe ser su nombre completo. Tenemos su ficha.

—Oiga yo…

—Ha sufrido un fuerte shock. Es lógico que se halle un poco desorientado. Ya se recuperará —replicó ella, mientras daba la vuelta con intención de alejarse.

Entonces se fijó más detalladamente en su figura. Era alta, perfectamente proporcionada, su voz sonaba dulce, pero en todo su aspecto había una rigidez absoluta, una frialdad total.

— ¡Espere! —exclamó él.

Ella se volvió.

— ¿Desea algo? —preguntó ella.

—Sí. ¿Dónde estoy?

—En el pabellón de recuperación, doctor.

—Pero… ¿En dónde?

—¿En dónde? —preguntó ella como si quisiera denotar sorpresa, aunque su voz dulce siguió sonando de un modo impersonal.

—Sí. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

—El pabellón de recuperación, doctor.

—Sí, sí… Pero, ¿en qué lugar?

— ¡Ah! ¿No recuerda el lugar?

—No. No recuerdo absolutamente nada. ¿Quién me trajo aquí?

—Nadie, doctor, vino por sí mismo.

Y ella volvió a dar la vuelta para dirigirse hacia la puerta, que empezó a abrirse automáticamente.

—Espere, espere —iba a incorporarse y apartar la sábana con la que estaba cubierto.

Entonces se dio cuenta de que estaba desnudo.

—No debe moverse todavía. Está usted muy débil. Ya volveré.

La puerta terminó de abrirse para dar paso a la mujer. Seguidamente se cerró.

El hombre se levantó inmediatamente.

La habitación aparte de la cama no contenía ningún otro objeto, ni muebles donde sentarse, ni me-sitas ni armarios, nada.

Ni siquiera existía una ventana.

Buscó algún pulsador por donde llamar a alguien, pero las paredes de apariencia metálica estaban completamente desnudas. No existía el menor resorte.

Se enrolló la sábana al cuerpo y avanzó hacia la puerta.

«Debe de existir algún control electrónico», pensó.

Se aproximó esperando que la puerta se abriera igual como ocurrió con la enfermera.

Pero la puerta no se abrió.

La golpeó suavemente y no percibió el menor ruido. Toda la habitación estaba insonorizada por completo. No podía escuchar siquiera sus propias pisadas.

« ¿Qué diablos es esto? ¿Dónde estoy?», se preguntó.

Quiso golpear con más fuerza, pero los golpes de sus puños parecían estrellarse contra un muro de metros de espesor.

« ¿Estaré prisionero?», se preguntó.

Pero… ¿Prisionero de quién y por qué?

Se sentía algo débil, pero notaba asimismo que las fuerzas le volvían poco a poco.

Gritó.

— ¡Sáquenme de aquí!

Pero nadie le respondió.

La puerta carecía de cerradura y tampoco podía mirar a través de ella.

Se sintió aislado, solo en un lugar extraño, desconocido.

¡Y seguía sin recordar quién era!

CAPITULO III

Había perdido la noción del tiempo transcurrido entre aquellas cuatro paredes de pesadilla.

¿Cuánto rato llevaba allí dando vueltas y más vueltas por la habitación?

¿Cómo era fuera?

¿Claro, oscuro?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la puerta comenzó a abrirse y apareció de nuevo la misma mujer de antes.

—Ha hecho mal en no descansar. Está demasiado débil para pasear por la habitación.

— ¿Cómo sabe que he paseado?

—Nosotros lo sabemos todo, doctor.

Entonces se fijó que ella llevaba un envoltorio.

—Tome —le dijo—. Póngase esto.

Lo dejó sobre la cama y él comprobó que se trataba de un traje de pieza única, semejante al que llevaba la mujer.

— ¿Y mis ropas?

—No las necesita —repuso la muchacha.

— ¿Por qué he de ponerme esto?

—Póngaselo.

—Está bien. ¿Se va usted?

—No. Tengo que conducirlo. Dese prisa.

—Está bien.

Ella permaneció inmóvil, como estática.

Al fin dijo:

— ¿Listo, doctor?

—Listo.

—Sígame.

— ¿Dónde vamos?

—Ya lo verá.

—No es usted muy explícita.

—Cumplo órdenes.

— ¿De quién?

—De nuestro jefe.

Se hallaban en un largo corredor con puertas cerradas a ambos lados.

El se fijó que en ninguna de aquellas puertas existía cerradura.

Las paredes del corredor eran igualmente desnudas.

Al final había una puerta mayor y allí se detuvo la mujer.

La puerta se abrió, dejando ver una habitación pequeña, cuadrada.

No era una habitación sino un ascensor.

Cuando la puerta se cerró, el ascensor comenzó a descender rápidamente sin que nadie hubiese pulsado botón alguno.

— ¿Dónde vamos? ¿A algún subterráneo? —preguntó él con ironía al ver que llevaban bastante tiempo descendiendo sin parar.

Ella no respondió, pero le miraba.

El trató de penetrar en aquellos ojos azules intensos, pero fríos, inexpresivos.

Había algo extraño en el conjunto de la mujer.

Hermosa por un lado y por otro...

Al fin el ascensor se detuvo y al abrirse la puerta se vio en una sala encarnada, de paredes fosforescentes.

Las proporciones de la estancia eran enormes.

El suelo casi deslizante brillaba con la misma fosforescencia.

—Debo estar viviendo un sueño —comentó.

La muchacha le indicó con un ademán que continuara solo.

Al fondo de todo había algo semejante a un trono, sin embargo, antes de que pudiera llegar chocó contra algo invisible.

Un cristal o coraza de una transparencia imposible de detectar.

Al otro lado y tras una puerta apareció una mujer.

Llevaba un traje ajustado como el de la enfermera, pero de color casi idéntico al de las paredes.

—Bien venido, doctor —saludó la recién llegada.

Avanzó hacia él, deteniéndose ante el invisible cristal.

— ¿Con quién estoy hablando? —preguntó él.

—Mi nombre es Nágara. Supongo que no le dice nada.

—En absoluto.

—Nágara es el nombre de nuestro habitáculo.

— ¿Nágara? ¿Qué es esto?

—Pues... Nágara...

— ¿De modo que me hallo en Nágara? —murmuró él tratando de recordar el nombre.

Nunca había oído hablar de él.

—Ignoro lo que hago aquí. Ni siquiera sé quién soy, pero ustedes parecen muy bien enteradas.

— ¿Enteradas?

—Sí.

—Si no le molesta. Diga enterados.

—Bueno... Hasta el momento sólo he tenido el gusto de conocer a dos habitantes de... Nágara y las dos son mujeres, hermosas, por cierto.

—Doctor, K... En Nágara no existe el sexo. ¿Comprende?

— ¿Qué?

—Que no existe el sexo. Todos los habitantes somos exactamente

iguales... — ¿Quiere decir...?

—Lo que he dicho —cortó Nágara, tajante.

— ¿Que todo son mujeres? —continuó él.

— ¿Existe alguna diferencia entre una mujer y lo que no es mujer?

—Existen mujeres y existen hombres, o si lo quiere de un modo general para todas las especies, le diré que existen machos y existen hembras. Creo que esto ha sido en todas las eras y en todas las civilizaciones.

—Aquí no existe diferencia ninguna.

—Yo diría que sí. Entre un macho y una hembra existe alguna diferencia —y él sonrió un tanto burlonamente.

A pesar de la situación extraña por la que estaba pasando había algo hasta divertido en todo aquello. A ella no se lo pareció.

—Dejemos este tema. Usted no podría comprenderlo.

—Si me lo explicara mejor... Pero... con este cristal de por medio. ¿No habría manera de retirarlo?

— ¿Qué se propone?

—Hablar de un modo más natural.

—Nadie puede traspasar este escudo, doctor K, nadie. No lo intente nunca.

— ¿Por qué?

—Porque yo soy el jefe absoluto de Nágara.

—Una especie de reina en un planeta de mujeres... Bien... ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Pasará por las pruebas de rigor. No intente escapar.

— ¿Escapar? Luego... ¿Estoy prisionero?

—Si se somete a las órdenes, su vida acabará por resultarle grata, pero si es de los rebeldes... —no concluyó la frase, pero él comprendió la velada amenaza que encerraba.

Luego Nágara sin más comentarios dio la vuelta y muy erguida se encaminó por la puerta por la que había aparecido. Traspuso el umbral y la puerta se cerró.

Cuando él quedó solo pasó la palma de la mano por aquel cristal que seguía completamente invisible a sus ojos.

Recorrió un buen trecho comprobando que lo que ella había llamado «escudo» ocupaba todo lo ancho de la enorme sala.

Se volvió y vio a la muchacha que le había conducido hasta allí.

— ¿Quiere seguirme? —dijo ella.

— ¿Dónde?

Hacer preguntas resultaba inútil.

Se preguntó a sí mismo: « ¿Qué es lo que desean hacer conmigo?»

— ¿Quiere seguirme? —insistió ella.

—Sí, nena... Vamos donde tú digas —se avino el hombre.

CAPITULO IV

El ascensor subía de nuevo.

Cuando se detuvo, el hombre calculó que se hallaba en un piso más bajo del que había estado cuando despertó.

El recorrido había sido aproximadamente la mitad.

¿Dónde le llevarían?

La casi siempre silenciosa guía le condujo por un corredor más corto y más ancho hasta llegar a una puerta de doble hoja que se corrió a ambos lados, siempre sin que él supiera qué mecanismo hacía funcionar los resortes electrónicos que abrían y cerraban las estancias y hacían funcionar los ascensores.

Se encontró en una sala con una larga mesa, instrumental de laboratorio, pantallas, mandos y un gran pupitre con botones, palancas, selectores...

— ¿Un laboratorio? —inquirió.

—Sí, doctor.

Miró en derredor. Estaban los dos solos.

—Bien... En este habitáculo por lo visto sólo hay tres personas. La... El jefe, usted y yo.

—Tendrá dos ayudantes especializados —repuso ella.

— ¿Ayudantes?

—Sí, doctor.

— ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Las instrucciones las recibirá a través de la pantalla. Marque la inicial N. Usted entiende de esto.

—Un momento... Un momento.

—No ponga dificultades, doctor. Usted parece una buena persona y yo soy su responsable directo, si intentara algo... Bueno... Quiero decir que no quisiera tener que hacer nada en contra suya.

— ¿Usted?

—Sí, doctor. Me han encomendado su custodia. Obedézcame y no haga las cosas difíciles.

Su voz seguía siendo dulce, pero con aquel timbre monótono, casi metálico, agradable, pero frío, desapasionado.

—Bien... Si por lo visto he de trabajar para ustedes, y usted y yo vamos a vernos con frecuencia, dígame cómo he de llamarla.

—Hanora.

— ¿Hanora? No suena mal.

—Ahora le dejo.

—Escuche, Hanora; no sé lo que quieren de mí.

—Pulse el botón...

—Sí, sí... el botón N, lo sé —atajó él—; pero creo que no me ha comprendido.

— ¿No?

—Les he dicho que ignoro por qué estoy aquí. No sé quién soy, ni de dónde procedo. Me llaman doctor K o Karban, y para mí éste es un nombre totalmente nuevo.

—Ya recordará. Este no es ningún problema.

— ¿Luego, soy médico?

—Es doctor.

— ¿En qué?

—Ya recordará. Le dejo.

—Espere todavía, Hanora.

—Diga.

— ¿Cómo puedo hacer para abrir y cerrar estas puertas?

— ¿Para qué?

—Puedo desear salir.

— ¿Para qué?

—Para estirar las piernas, para ir a... a cualquier sitio.

—Aquí no hay muchos sitios para ir.

—No me diga que toda la vida de Nágara tiene lugar en este edificio.

— ¿Edificio? —inquirió ella como si la palabra le fuera desconocida.

—Edificio o lo que sea. Debe ser inmenso. Me gustaría verlo desde fuera.

—Si desea algo llámeme.

—Pero... ¿No puedo abrir por mí mismo?

—No. No puede.

— ¿Por qué?

—Porque...

Antes de que pudiera continuar surgió una voz tajante.

—Ya basta, Hanora. Déjale solo.

Ella hizo una reverencia, dio la vuelta y se alejó, cerrándose de inmediato la puerta.

El corrió hacia ella en el momento en que el paso quedaba interrumpido.

La voz dijo entonces:

—No empiece a hacer tonterías, doctor K. Siéntese en el pupitre.

Se volvió. Había reconocido aquella voz. Pertenecía a Nágara, la especie de soberana del extraño habitáculo.

Le hablaba a través de un micrófono cuyo receptor debía estar entre los muchos aparejos del pupitre.

Se fue hacia él y buscó el pulsador donde estaba la inicial N. Lo apretó.

En la pantalla central apareció el rostro de Nágara.

—Así está mejor —dijo ella.

Ahora vio perfectamente el fono por donde surgía la voz de Nágara.

—Bien. Estoy a su disposición.

—Usted desea saber lo ocurrido, y va a saberlo. Únicamente debe pulsar el botón R. R de retroceso.

—De acuerdo. Retrocedamos —sonrió él.

—Volverá a vivir parte de su existencia. No toda, desde luego, pero será suficiente para que tenga noción de quién es usted y de cuáles son sus habilidades.

— ¿Y podré saber también qué diablos he venido a hacer aquí?

—Aquí ha venido por su propia voluntad —replicó Nágara.

—Esto ya lo he oído antes, pero no creo que sea verdad. Me parece estar viviendo en algún lugar de locos... Me desperté en una superficie blanda y viscosa. Entonces ya no sabía ni quién era ni dónde estaba.

Hizo una pausa para añadir:

—Supuse que estaba tripulando algo y debí sufrir una avería. Es posible que me diera un golpe, no lo sé. Recuerdo que empecé a andar y andar hasta que caí... Luego cuando desperté de nuevo estaba en esa especie de hospital que tienen más arriba. Esta es la breve historia de mi vida.

—Todo esto ya lo sabemos, doctor.

—Bien, yo necesito saber más.

—Sabrá lo que nos convenga.

—Todo esto me suena a... a complot... ¿Pueden ustedes hacerme recobrar la memoria a voluntad?

—Usted mismo podrá comprobarlo. Pulse ese botón, y ponga atención a la pantalla número 2.

—Está bien.

La imagen de Nágara desapareció. Los ojos del hombre buscaron el pulsador R. «R de retroceso», se repitió mentalmente. Acercó el índice y oprimió el botón. En la pantalla número dos apareció una señal borrosa.

Casi al mismo momento notó algo extraño en su cabeza, primero fue un dolor agudo, una punzada que le dio la sensación de que iba a perder el sentido.

El dolor desapareció y entonces empezaron a fluir sus recuerdos acompasados con las imágenes de la pantalla que ahora aparecían mucho más claras.

Se vio a sí mismo.

Primero fue un plano muy cercano de su rostro.

Luego su figura de cuerpo entero.

Sí... Empezaba a recordar.

Su nombre en efecto era Karban.

CAPITULO V

Su nombre era Karban.

Doctorado en ciencias nucleares, era también, pese a su juventud, profesor en terapéutica espacial y cirujano.

La pantalla reflejaba un momento de su vida. Estaba realizando unas pruebas para combatir un virus.

Karban, además de ver aquella escena retrospectiva de su propia existencia tenía la sensación de que todo estaba sucediendo realmente en aquellos instantes.

En el laboratorio que reflejaba la pantalla estaba junto a su buen amigo el también profesor Rigod.

Ambos miraban a través de un telescopio de multilito.

— ¿Crees que dará resultado? —le preguntaba Rigod.

—He trabajado sin descanso hasta dar con esta fórmula y espero terminar de una vez con ese extraño virus, pero si algo fallara empezaré de nuevo.

—Lo bueno de ti, Karban, es que no conoces la palabra desánimo.

—Yo cuando empiezo algo debo terminarlo.

—Nadie mejor que tú puede terminar con ese virus del espacio que tantas bajas ha producido. ¡El virus del espacio!

Sí… Desde algún tiempo los astronautas regresaban enfermos a las bases. La enfermedad contraída aumentaba hasta un final irremediable.

Los afectados por el virus acababan enloqueciendo y la comisión decidió reunir a los más eminentes científicos.

Karban pidió un voto de confianza para poner en práctica la fórmula en que estaba trabajando.

Su inteligencia era sobradamente probada y pasó largo tiempo entregado en cuerpo y alma a la labor que se había propuesto.

Al fin los preparativos habían concluido.

Aquel mismo día y a través del potente telescopio de multilito pudo ver cómo los pilotos de las naves espaciales con sus respectivas cargas a bordo, se alejaban hasta perderse más allá de la órbita del planeta.

A través de las pantallas de larga distancia pudieron ver cómo el espacio era fumigado con los rayos antivirus.

Se formaban pequeñas nubecillas que lentamente iban desapareciendo. Rigod comentó:

—Bien. La misión se lleva a cabo al ritmo previsto. Informaré al presidente.

—Espera. Deseo reconocer personalmente a los astronautas cuando

regresen. Ya habrá tiempo de informar.

La pantalla dio un salto en el tiempo y Karban pasó a otro episodio de su vida, quedando el intermedio en blanco.

Ahora revivía la escena en que hablaba con el presidente.

Recibía su felicitación.

—Su fórmula ha sido un éxito total, doctor, y gracias a usted los senderos del espacio podrán ser nuevamente explorados por nuestros valientes pilotos.

—Me honra haber podido ser útil, señor —replicó él.

Recibía plácemes, felicitaciones. Estaba en medio de gente más o menos conocida. De pronto el tiempo volvió a dar un salto. Se encontró con Rigod.

Estaban en una sala moderna, confortable, un estudio.

¡Era su casa!

El ocupaba un asiento en la mesa, rodeado de libros.

Rigod sonreía.

—Espero no ser inoportuno.

—No, no… ¿Es visita particular o te manda la comisión?

—Es particular, aunque en varias ocasiones la comisión me ha rogado que te hablara.

— ¿Qué puedo hacer por ellos?

—Presidirla. Confían plenamente en ti. Van a nombrarte el mejor investigador. Quisieran encontrar técnicas nuevas para modernizar nuestros métodos en astronáutica…

—Tú sabes que al margen de mis investigaciones privadas me siento más feliz cuando actúo como médico simplemente, o cuando trabajo intentando erradicar las enfermedades.

—Se lo dije a ellos. No puedes partirte. Esto te ocurre por ser una eminencia. ¡Una eminencia!

Con otro salto en el tiempo vio cómo sus ágiles manos operaban a un paciente.

Era una intervención delicada que recordaba perfectamente.

Luego otro salto le sirvió para verse a sí mismo investigando en su propio laboratorio.

Vio su libro de notas. Allí donde tenía las más intrincadas fórmulas. Vio…

De repente una punzada en el cerebro lo oscureció todo.

También en la pantalla había desaparecido la imagen.

La voz de Nágara sonó para decir:

—Con esto es suficiente por el momento, doctor Karban. Ahora ya sabe quién es y de lo que es capaz.

El se había recuperado.

En su mente le había quedado grabado todo lo visto, pero su memoria se hallaba quebrada, fragmentada. Ignoraba otros datos

interesantes de su vida.

Recordaba, eso sí, su profesión, sus habilidades, pero quedaban ocultos en algún rincón de su cerebro los otros pasajes de su vida y entre ellos la forma en que llegó a aquel extraño sitio donde ahora se encontraba en aquel planeta de mujeres.

Mujeres...

Al decirlo se volvió como si de repente hubiese presentido la presencia de alguien.

No se equivocó.

Tras de sí habían entrado dos muchachas, todas parecían tener la misma edad.

Vestían igual que Hanora y que Nágara; trajes de una sola pieza completamente ajustados.

Exactas ambas de color, éste difería, sin embargo del de Hanora y del de Nágara.

—Son sus ayudantes, doctor —informó la voz de Nágara.

El pulsó el botón y en la pantalla central surgió el rostro de la soberana.

— ¿Qué debo hacer? —preguntó.

Nágara hizo una pronunciada pausa antes de preguntar a su vez:

— ¿Recuerda la fórmula antivirus, doctor K?

—Sí.

—Entonces no sería muy difícil para un hombre de su talento... crear una sustancia similar...

— ¿Similar?

—Pero al revés. ¿Comprende?

—No comprendo.

—Deseo algo que destruya —replicó ella.

— ¿Que destruya?

—Doctor K. Nuestro habitáculo está amenazado por ciertos enemigos. Nuestras defensas funcionan, perfectamente, pero en caso de un ataque masivo carecemos de medios suficientes para hacerles frente.

—Oiga, Nágara... —empezó él.

Ella le cortó tajante.

—No son armas bélicas propiamente lo que necesitamos, sino algo como lo que usted ya inventó en su planeta, pero con efectos inversos. Contamine el ambiente. Denos rayos que aniquilen en masa a nuestros enemigos... Eso es lo que tiene que hacer —repuso ella con voz vibrante, pero fría a la vez.

—Escuche, Nágara. Nunca he ideado nada para destruir. Se ha equivocado de hombre.

—Usted lo hará, doctor K.

—Primero tendría que conocer a sus enemigos, saber por qué

atacan y tuviera quien tuviera la razón, saldría como árbitro para discutir un sistema de paz. Odio la guerra. En la Antigüedad los mundos estaban constantemente en guerra por falta de comprensión y se destruían unos a otros.

—No le pido su opinión —repuso ella—. Le he dado una orden.

—Una orden que no pienso cumplir. Sean cuales fueren sus razones, nunca serán suficientes para hacerme trabajar para destruir algo.

—Doctor K… Si usted desea regresar alguna vez a su habitáculo, deberá obedecer, porque de lo contrario… morirá —repuso fríamente Nágara.

CAPITULO VI

Karban se volvió hacia las dos muchachas. La imagen de Nágara había desaparecido de la pantalla.

Después de pensar unos instantes murmuró:

—No necesito a nadie que me ayude. Pueden irse —dijo.

—Tenemos órdenes de... —empezó una de ellas.

— ¡Lárguense! Si me han hecho jefe de este laboratorio soy yo quien dará las órdenes en lo sucesivo. ¿Se enteran?

Las dos mujeres dieron la vuelta casi al mismo tiempo para dirigirse hacia la puerta.

Esta comenzó a abrirse.

¿Cómo diablos lo conseguían?

— ¡Esperen! —gritó Karban.

Las dos muchachas quedaron en el umbral.

Era una buena situación para huir.

Se aproximó:

—Tal vez puedan serme útiles.

—Usted dirá.

—Acompáñenme para echar una ojeada a todo esto.

— ¿Qué es lo que quiere ver? —preguntó la única que parecía hablar de las dos.

—Todo. Sobre todo el exterior. Si he de fabricar algo para atacar debo ver primero el mejor emplazamiento.

—No podemos hacerlo. Su trabajo debe usted dirigirlo desde aquí.

—Soy su jefe. ¿Recuerdan? —replicó enérgicamente Karban.

—Pero Nágara está por encima de todos. Nos ve en estos momentos.

—Nos ve, ¿eh? Aguarden.

Fue rápidamente hacia el tablero y de una ojeada general se hizo cargo de los respectivos mandos.

Su cerebro funcionaba a pleno rendimiento.

Era un genio e iba a demostrarlo.

Pulsó tres botones. Algunas pantallas produjeron el clásico sonido de ser desconectadas.

Apretó un cuarto botón y la luz piloto del pupitre se apagó.

—Desconectado —dijo—. Todo desconectado. Ahora Nágara si quiere algo tendrá que salir de su palacio acristalado y venir a hablar personalmente. ¡Vámonos!

Las empujó sin demasiada delicadeza hacia delante.

Era evidente que las dos muchachas reaccionaban como autómatas y Karban notó una extremada palidez en sus respectivos rostros.

— ¿Tienen miedo? —preguntó.

Ninguna de ellas contestó.

Estaban en el corredor y la puerta se había cerrado.

— ¡Vamos! ¡Métanse ahí! —ordenó.

Se colocaron frente a otra puerta que se abrió para dar paso a otro corredor.

Otra puerta al final.

— ¿Es que no se puede salir nunca de este maldito edificio? ¡Díganme de una vez dónde está la salida!

Ellas avanzaban delante suyo con paso cansino. No contestaron.

Se abrió la nueva puerta y Karban comprobó que tenía las características de un ascensor.

—Al exterior. De prisa. Quiero salir de aquí.

Una de las muchachas se tambaleó.

— ¿Qué le ocurre...?

Iba a caerse y el doctor tuvo que sujetarla.

— ¿Por qué no cierra la puerta? —dijo a la otra—. Vamos. No voy a hacerles ningún daño. Usted cuidará de su compañera, pero primero condúzcanme fuera de aquí.

La puerta seguía sin cerrarse.

De pronto las puertas se movieron rápidamente.

El pequeño reducto quedó cerrado y el ascensor se movió rápidamente hacia abajo.

Cuando se abrió la puerta la otra muchacha estaba a punto de desfallecer.

— ¿Pero qué es lo que les ocu...?

No concluyó la frase.

Vio que se encontraba de nuevo en la sala encarnada de inmensas proporciones.

La otra chica se apoyó en la pared y fue resbalando hasta quedar en el suelo.

La voz de Nágara resonó por todo el ámbito.

—Deje a su ayudante en el suelo.

Llevaba todavía en brazos a la primera que se había desmayado.

Obedeció a Nágara, a la que todavía no pudo ver.

Salió del ascensor y avanzó hasta donde sabía que poco más o menos estaba el cristal invisible.

Nágara estaba allí.

—Ha cometido su primer error, doctor K. Un ser inteligente como usted debía haber pensado que no está tratando con gente inferior. Aquí en nuestro habitáculo todo está perfectamente calculado.

—Me han secuestrado. Se han valido de algún método que todavía ignoro para hacerme perder la memoria y ahora pretenden convertirme en un asesino.

—Simplemente le he rogado que descubra una fórmula.

—Es una orden. Y me ha amenazado con matarme... No me gusta trabajar con amenazas, Nágara. Si me conoce tan bien como quiere dar a entender, sabe que yo no soy el hombre que necesita y que no me intimido fácilmente.

—Lo sé, doctor, y pensaba no tener que recurrir a procedimientos... digamos poco ortodoxos.

—Ya me ha amenazado con matarme. Bien. Supóngase que aun así me niego a trabajar para usted.

—Le ruego vuelva al laboratorio y siga mis instrucciones. A través de la misma pantalla que le ha hecho recuperar parte de su pérdida memoria verá algo que... seguramente le hará cambiar de opinión.

Y sin esperar respuesta, Nágara dio la vuelta para alejarse.

Karban golpeó con los puños el cristal.

—Quite esa coraza de una vez y ataque directamente.

Ella se volvió.

-La pantalla, doctor... Tengo algo muy interesante que mostrarle. Por favor.

La voz de Nágara aun dentro de su frialdad se torno extrañamente persuasiva, pero su tono encerraba una evidente amenaza.

CAPITULO VII

Volvió a poner en funcionamiento todos los mecanismos del pupitre.

Pensaba. ¿Cómo había conseguido Nágara conocer su intento de evasión sin tener nada conectado?

Pensaba también en el extraño desvanecimiento de las dos muchachas que le habían sido asignadas como ayudantes.

Ahora volvían a estar con él como si nada les hubiese sucedido.

Habían entrado y permanecían silenciosas a su espalda.

— ¿Preparado, doctor? —preguntó la voz de Nágara, cuya figura le llegaba a través de la pantalla central.

El por toda respuesta pulsó el botón de la segunda pantalla.

Aquella vez no sintió ninguna punzada. No era una escena recuerdo lo que desfilaba ante sus ojos.

Era algo que debía estar sucediendo en aquel instante.

Vio a Rigod.

Su amigo y colega Rigod que salía de la sala de juntas de la comisión.

Subió al ascensor que conducía a la terraza donde le esperaba un aerobús.

Sólo había una mujer en la plataforma de espera.

La mujer vestía a la usanza del planeta, pero un primer plano en la pantalla destacando su rostro bastó a Karban para que advirtiera algo extraño en aquellas facciones.

Sí... Algo que empezaba a resultarle familiar.

— ¿La reconoce, doctor? —preguntó la voz de Nágara.

—Una enviada suya, ¿eh? —repuso él.

—Exacto.

— ¿Y qué está haciendo?

—Ahora lo verá.

La mujer se aproximó a Rigod y éste sonrió.

Se saludaron.

Karban no podía escuchar la conversación.

— ¿De qué están hablando?

— ¿Quiere oírlo? Veamos —repuso Nágara.

La voz de su amigo y de la mujer llegó hasta Karban.

Ella le entregó un pequeño paquete.

—Me lo entregó el doctor Karban para usted. Es su... contador.

— ¡Es cierto! —exclamó Karban—. Me dio su reloj-contador para que se lo verificara, pero...

Rigod replicaba en aquellos momentos.

— ¡Oh, gracias! ¿Cómo está mi buen amigo? Llevo algún tiempo sin verle.

—Encerrado en su laboratorio, trabajando.

—Iré a verle en cualquier momento. Dele las gracias de mi parte.

—Lo haré, profesor.

La muchacha dio media vuelta y fue directamente hacia el ascensor.

El aerobús llegó en aquel momento y antes de que Rigod lo tomara, la imagen desapareció.

— ¿Qué significa esto? —preguntó Karban.

—Significa —repuso Nágara— que uno de mis emisarios está en su planeta, doctor.

—Esto ya lo he visto, pero ese reloj-contador...

—Según parece su amigo, Rigod nunca se separa de él.

—Es cierto.

—Pues bien... Tiene instalado un diminuto explosivo que estallará en el momento preciso si usted no colabora.

— ¿Trata de intimidarme? —preguntó Karban.

—Puedo hacerle una demostración de cómo funcionan esos chismes... Pulse el botón X. Verá algo interesante.

Karban obedeció.

Otra pantalla se iluminó mostrando un lugar exterior, una luz azul caía sobre unas rocas.

Parecía un lugar de descanso, aunque carente de vegetación, sólo faltaba un lago para que el sitio tuviera una belleza que difícilmente parecía pudiera hallarse en el habitáculo.

En las rocas, sentadas o paseando había varias muchachas, todas con los trajes característicos del lugar con diferencia de colores. Había una extensa gama de variantes.

Cada una de aquellas chicas tenía la misma mirada característica de las demás.

Eran hermosas, bien formadas, caminaban erguidas.

De pronto en primer término apareció una nueva muchacha vestida de azul, llevaba algo en la mano que Karban todavía no podía ver.

Un primer plano mostró lo que parecía un anillo, un simple aro.

Lo entregó a una de las muchachas.

—Póntelo —dijo.

La muchacha negó con la cabeza.

—No, no... —dijo.

A pesar de su voz fría parecía como si de repente hubiera acabado de experimentar una sensación. Miedo.

—Póntelo. Es una orden de Nágara —dijo la portante del arete.

La chica asintió y tomando el anillo se lo colocó en un dedo.

Las que estaban próximas retrocedieron.

La vestida de azul desapareció de la pantalla.

Únicamente podía verse a la chica que llevaba el anillo, que avanzó como un autómata hasta el centro de aquella plazoleta rocosa.

Se colocó en un desnivel circular después de bajar dos peldaños.

Aquello parecía un surtidor de agua que se hubiera secado.

La muchacha bajó los brazos hasta que colgaron a ambos lados del cuerpo.

—No pierda detalle, doctor K —informó la voz de Nágara.

—¿Qué va a ocurrirle a esta muchacha? —preguntó él.

—Vea ese anillo. Es casi insignificante...

La pantalla mostró un primer plano del aro que rodeaba uno de los dedos de la chica.

Karban observó que tenía un grueso normal, sin embargo...

De pronto la pantalla quedó invadida por una tremenda explosión.

Inmediatamente cuando la imagen quedó despejada y centrada en el punto donde antes estaba la joven, Karban pudo ver una masa descompuesta y multiforme.

Eran los restos de la muchacha.

El espectáculo había resultado espantoso. Karban pulsó el botón para no tener que soportar aquella tremenda visión.

CAPITULO VIII

—Y esto será exactamente lo que le ocurrirá a su entrañable amigo Rigod si usted no accede a colaborar —dijo Nágara con un deje de cinismo en su voz.

—Y para demostrármelo ha tenido que sacrificar a una súbdita.

—No importa una menos. Se llamaba Korissa y era un poco rebelde, obstinada. Aquí no conviene ser obstinado, doctor. Y lo ha visto usted mismo.

—Está bien. Ingénieselas para quitarle al profesor Rigod el reloj-contador. A cambio trabajaré para usted. Haré lo que me pida.

—En cuanto haya concluido su fórmula le aseguro que su amigo quedará totalmente fuera de todo riesgo.

— ¡No! Tiene que ser ahora.

—No está en condiciones de exigir, doctor. No pretenderá que sea tan estúpida... ¿Verdad? Ahora lo tengo cogido... Trabaje usted y le aseguro su libertad. Despertará usted y no recordará nada de lo sucedido... Su amigo tampoco sufrirá el menor daño. Pero dese prisa. No pienso darle demasiado plazo.

—No soy infalible... y trabajando con premisas no sé si...

—Usted conseguirá lo que nosotros deseamos. Me basta la fórmula y el modo de aplicarla. Nada más.

—No puedo responder del tiempo...

—Haga lo que pueda... ¿Ve el reloj que tiene en la otra mesa?

Karban buscó en derredor.

Vio la mesa y un aparato con una sola manecilla. Estaba en un punto rojo.

—Dará una vuelta entera —añadió Nágara—. Cuando vuelva a situarse en el punto rojo habrá finalizado el plazo.

—¿Y a qué velocidad funciona esto? —quiso saber Karban.

—Ya lo comprobará usted mismo —repuso ella, y cortó la comunicación.

La aguja del reloj permanecía inmóvil. Se acercó al aparato y escuchó unos instantes.

Un ruidito apenas perceptible le anunció que estaba en funcionamiento y la aguja tenía que recorrer veinticinco puntos...

Se volvió hacia sus dos ayudantes.

—¿De qué clase de invulnerabilidad goza vuestra jefe? —preguntó.

—No comprendo la pregunta —murmuró la que se había desmayado primero cuando intentó huir.

— ¿Cómo te llamas tú?

—Polana.
—¿Y tú?
—Anitzia.
—Bien, Polana y Anitzia, explicadme algo... Por pocos sentimientos que tengáis, debéis ayudarme... Ya habéis visto con qué facilidad vuestra jefe ha destruido una vida, y esto no debe ser nuevo para vosotras.
Ellas siguieron silenciosas.
— ¿Os conformáis a ese trato?
Silencio.
— ¿Acatáis sin protestar todo cuanto os ordena? ¿Qué clase de autómatas sois?
—No son autómatas, doctor Karban —dijo entonces la voz de la recién llegada Hanora—. Y no debería hacerles preguntas dirigidas contra nuestro jefe.
—Y usted también... —murmuró Karban, desolado.
— ¿Yo también qué?
—No sé... Por un momento pensé que era distinta a ese monstruo que las gobierna. De la forma-que me habló la otra vez creí que... Pero no. Usted también acepta esa forma despótica de gobierno y hasta puede que tenga un cargo.
—Soy disciplinada.
—Por la ley del terror. Miedo es lo que tienen. Creo que es eso. ¿Verdad?
—No, doctor, y le sugiero que se ponga a trabajar. El reloj ya está en marcha.
Karban se volvió.
La aguja se había movido como cosa de un cuarto de punto.
— ¿Por qué, Hanora? ¿Por qué ese miedo? Ustedes no son menos prisioneras que yo. Si hubiera un sistema para poder ayudarlas usaría de toda mi inteligencia para ayudarlas.
—Está hablando en vano, doctor —repuso Hanora.
—Ya. Comprendo. Ella escucha, ¿verdad?
Silencio.
—Voy a desconectar otra vez los aparatos.
—No lo haga.
—Sí. Y no saldré de esta habitación. No iré a ninguna parte. Será ella la que tendrá que venir, salir de su escudo, mostrarse tal cual es, arriesgarse. Si acepta mi inteligencia es porque la teme... Pues bien, nos enfrentaremos. Soy pacifista, pero cuando me atacan sé defenderme.
— ¡No! —gritó Hanora al ver que el doctor se encaminaba hacia el pupitre.
— ¿Qué teme?

—Piense... Piense en su amigo...

—No se atreverá a matarlo, porque si lo hiciera usaría de mi inteligencia para destruir este habitáculo... ¿Comprende?

Pulsó un nuevo botón, luego quitó la llave parcial.

Funcionaban algunos controles.

—Voy a enterarme de lo que ocurre aquí. Lo veré a través de las distintas pantallas.

Una de las muchachas trastabilló.

—Pero... ¿Qué le ocurre?

— ¡Pulse otra vez esos botones! —dijo Hanora sin apenas voz.

— ¿Qué?

Su dedo estaba a punto de apretar un resorte azul.

— ¡No! ¡No lo haga! —gritó Hanora, tambaleándose.

—Empiezo a comprender... Es... Es espantoso. Esas muchachas... todas vosotras.

La otra ayudante, Anitzia, cayó al suelo, mientras Hanora se apoyaba en la larga mesa.

Una rápida ojeada a la mesa le bastó a Karban para pulsar los timbres precisos.

De inmediato las tres muchachas reaccionaron.

Las desmalladas se recobraron rápidamente y Hanora dejo de apoyarse.

¡Estáis controladas! ¡Estáis controladas! – exclamo Karban

Acababa de descubrir uno de los secretos de aquel habitáculo.

CAPITULO IX

-Ahora no puede oímos. He quitado la conexión que une directamente el laboratorio con su puesto de escucha, pero a vosotras no os ocurrirá nada.

—Empiece a trabajar, doctor.

—Escúchame, Hanora, tú pareces inteligente. Voy a demostrarte que no puede oírnos...

Se acercó al pupitre tomando a Hanora de una mano.

Era una mano fría, como si careciese de vida y Karban sintió un escalofrío.

—Mira. Entiendo algo de esto, ¿sabes? El procedimiento es distinto que el utilizado en mi planeta, pero más o menos viene a ser lo mismo. Los hilos están conectados al regenerador... Es lo que os mantiene con vida... Averiguaré el sistema que parece alimentaros, pero entretanto voy a demostrarte que ella no puede oírnos.

Le enseñó el cruce de cables que en breves momentos había practicado, arreglando a su modo el tablero de mandos.

Tocó la palanca de conexión con Nágara y la pantalla siguió a oscuras.

—Escuche, Nágara. Ahora controlo personalmente a sus súbditas. Ellas dependen de mí.

No obtuvo ninguna respuesta.

—No puede oírme... ¿Ves esto? —le mostró el voltímetro que daba la señal de «contacto establecido».

—No hay contacto. Estamos aislados. Puedes hablar sin temor, Hanora.

—No podrás hacer nada por nosotros.

— ¡Qué manía! ¿Por qué decís nosotros? Sois mujeres, mujeres similares a las de mi planeta, quizá más hermosas... Pero... lo que quisiera saber es cómo..., cómo ha sido posible que os sometieran de esta forma.

No obtuvo respuesta.

—Supongo que no lo sabéis, sin embargo, os gustaría ser libres. ¿No es así?

— ¿Qué es ser libre? —inquirió Hanora.

Las otras dos permanecían en silencio.

—Ser libre es no permanecer bajo el yugo de ninguna tiranía. Poder hablar sin temor, ir adonde se quiera, respetando siempre a los demás sin imponer la voluntad ni dejar que nos la impongan. Esa es la libertad.

—Nosotras somos libres —repuso Hanora.

—No lo sois. Quizá nunca hayáis conocido la libertad, pero vivís atemorizadas, sojuzgadas por esa mujer cruel.

—Nuestro habitáculo siempre ha sido así.

— ¿Siempre? ¿Cómo nacisteis vosotras?

— ¿Nacer? —inquirió Hanora.

—Sí. Nacer. Todos hemos nacido alguna vez, no importa los períodos de tiempo que hayan pasado desde el momento del nacimiento ni la forma que cada habitáculo tiene de contarlos, pero habéis nacido.

Se miraron sorprendidas.

Karban tocó los hombros de Hanora y el contacto de sus manos pareció penetrar a través del tupido vestido de la muchacha, que se estremeció.

— ¿No habéis sentido jamás el contacto de unas manos de hombre?

No hubo respuesta.

—No habéis sido criadas artificialmente, presiento que hay algo turbio en todo esto... ¿Raptadas quizá de otros habitáculos? No sé... Pero quiero libraros... Tenéis que enseñarme el modo de salir de aquí.

—No se puede —replicó Hanora.

—Debéis tener medios para viajar.

—No se puede.

— ¡Oh, Hanora! Yo no llegué aquí casualmente... ¿Es que no queréis ayudarme?

—Nágara es poderosa. Te matará.

—Correré los riesgos que sean precisos, Hanora, los correré... Si yo supiera...

De pronto, se le ocurrió una idea.

Volvió hacia el tablero y buscó entre los distintos mandos.

—Tiene que haber uno donde esté registrada la última parte de mi viaje..., cuando quedé inconsciente en aquella superficie llana y viscosa.

Pulsó un botón y se iluminó una pantalla.

Iba a cerrar, pero algo llamó su atención.

—Parece un quirófano.

Examinó cada uno de los rincones.

Estaba vacío.

— ¿Qué clase de operaciones se practican aquí? —inquirió.

—No lo sé. El director Anucia es quien trabaja aquí dentro.

Se abrió una puerta en aquel momento y en la sala del quirófano apareció una mujer vestida de blanco como Hanora.

—Este es Anucia.

A Karban no le sorprendió que le llamaran director.

A través de la pantalla le vio buscar algo en el instrumental y

alejarse.

La puerta se abrió y cerró siempre del mismo modo automático.

A Karban pareció bullirle una idea en la cabeza...

—Las puertas sólo se os abren a vosotras... Han de existir dos polos de contacto para que esto suceda... Uno debe estar en la pared aunque no se vea y el otro...

Cerró la pantalla y se aproximó a la puerta.

—Acércate, Hanora —pidió él—, quiero ver el punto exacto donde la puerta empieza a abrirse.

Ella obedeció.

Al llegar a un lugar determinado, la puerta comenzó a bascular.

— ¡Quieta!

Entonces comenzó a pasar la palma de la mano por la desnuda y lisa pared.

Al llegar a cierta altura del suelo, la puerta volvió a cerrarse.

—Aquí está. Interrumpido el contacto, la puerta vuelve a bascular. Puedes apartarte —dijo a Hanora.

Palpó sobre el sitio donde tenía la mano.

—Aquí. Es aquí. —Fue hacia el pupitre y encontró una herramienta punzante; venía a ser como un destornillador o taladrador. Lo desconectó, arrancando el cable, y volvió a la pared.

Picó durante varios segundos hasta abrir un pequeño agujero. Detrás de lo que parecía ser una lámina (muy delgada) de metal, estaba el ojo mágico positivo —o tal vez negativo— que formaba uno de los dos elementos necesarios para abrir la puerta.

—Ahora ya me imagino el sistema —murmuró, avanzando hacia Hanora.

La miró de pies a cabeza.

—En vuestras piernas —dijo.

Ellas no comprendieron.

—Enseñadme vuestras piernas. Debéis tener acoplado el mecanismo que actúa conjuntamente con el ojo mágico de la pared.

CAPITULO X

» El aparato que buscaba el doctor estaba bajo las epidermis de las muchachas.

Aproximadamente, se hallaba en la parte exterior del muslo, algo más arriba de las rodillas.

—Ahora ya sabemos en qué se ocupa ese cirujano. Al menos en una de las cosas en que se ocupa... Veamos. Os hacen una operación que no deja cicatriz o acaso apenas perceptible, pero aquí hay una marca.

Miraba la pierna de Hanora, donde se notaba muy tenuemente el lugar donde había sido practicada la incisión.

—Bien —dijo—. Ahora es importante saber dónde os han practicado la otra operación.

— ¿Qué operación? —preguntó Hanora.

— ¿Qué sentís cuando pulso esos botones que os mantienen, digamos, con vida?

—Un desvanecimiento —dijo Polana.

—Sí —adujo Anitzia.

—Pero... esa sensación os produce un vacío en la cabeza, por ejemplo.

—Sí. En la cabeza —repuso Polana.

—Ya... Es una cosa monstruosa. Oí hablar de ello en alguna parte. Un maldito profesor loco había ideado un sistema... Dejadme pensar.

Las tres muchachas permanecieron silenciosas.

—Sí... —musitó Karban, como si hablara consigo mismo—, consistía en un control general manejable a distancia como antiguamente funcionaban los relojes eléctricos. Había una central piloto. Ese pupitre es una central piloto para el caso; luego, distribuyendo un regulador a cada uno de los sujetos, marchaba a voluntad del cerebro piloto... Era el sistema ideal según su inventor para convertir a los hombres en auténticos autómatas.

— ¿Autómatas? —repitió Hanora, en forma de pregunta.

—Sí. Personas sin voluntad... ¿Podéis pensar libremente?

— ¿Pensar? Pues sí —repuso Hanora.

— ¿Pero a veces no habéis sentido nunca el impulso de hacer algo contrario a lo que estáis haciendo?

Vacilaron antes de dar la respuesta.

Fue Polana la que repuso:

—Sí. A veces, sí.

— ¿Por qué no das rienda suelta a tus verdaderos deseos?

—No sé.

— ¿Es como si una voluntad más poderosa te impulsara a hacer otra cosa distinta a la que querías?

—Sí. —Y esta vez fue Anitzia la que respondió.

—Tienes razón —adujo a su vez Hanora.

—Entonces existe ese cerebro-robot. Os alimenta de un modo adicional; si su fuerza falla, vosotras quedáis paralizadas. Lo que falta saber es cuánto tiempo puede durar esa paralización... Tendría que hablar con ese cirujano.

Quedó pensativo.

— ¿Quiere que vaya a buscarle? —preguntó Polana—. Diré que le necesita para su trabajo.

— ¡No! —repuso Karban, vehemente.

Miró a las tres muchachas.

—Primero debo saber otras cosas... Cuando salga de esta habitación lo haré solo.

Las tres muchachas se miraron.

—Sí. Mientras permanezcamos aquí dentro estamos seguros... Nágara no ignora que he desconectado el control. No puede oírnos y supone que estoy tramando algo... Tendré que... que arreglar los cables otra vez. Fingiré que ha ocurrido alguna avería, pero decidme antes una cosa... ¿Cómo puede llegarse hasta los dominios de vuestro jefe?

—Nadie lo sabe. Ella tiene su residencia protegida por el escudo invulnerable.

—Habrá algún camino.

—Tal vez en la última planta, debajo del patio de recreo.

— ¿Patio de recreo?

—Sí. Es donde... donde ha muerto Korissa.

— ¿Es un patio?

—Le llamamos patio.

— ¿Es muy profundo?

—Sí, mucho. Parece exterior.

— ¿Eh? —A Karban le extrañó la aclaración—. ¿No es exterior?

—No, doctor. Estamos muy abajo.

—Entonces..., ¿esto es un subterráneo?

Ellas no comprendieron la palabra, y Karban añadió:

—Pero habrá un lugar para entrar y salir. Cuando me desvanecí, yo estaba en el exterior. Era de noche.

—No sabemos dónde está este lugar —repuso Hanora.

— ¿Quién me trajo aquí? —inquirió él.

—Llegó con un control de los luchadores de Frigio.

— ¿Los luchadores de Frigio?

—Son nuestros enemigos. A los que nuestro jefe quiere combatir —explicó Hanora.

—Tengo que saber por dónde entré… Tengo que enterarme —repuso pensativamente el doctor.

Luego, añadió:

—Y también necesito averiguar qué es lo que Nágara puede hacer desde sus dominios… Cuando intenté huir había desconectado los pulsadores. Po-lona y Anitzia estaban a punto de desvanecerse. De pronto, el ascensor me llevó hasta la planta donde se halla el escudo…

—Nosotros no pudimos conducirle… —musitó Anitzia.

—Claro. Habíais perdido parte de vuestras facultades normales… Por tanto, tuvo que ser ella la que por medio de un control remoto dirigiese el ascensor hasta sus dominios… Entonces ella sabía que yo intentaba escapar… ¿Cómo pudo saberlo?

—Tiene su séquito, su guardia personal. Seguramente algunas se desvanecieron y de este modo pudo comprobar que usted había descubierto el secreto —repuso Hanora.

—Pero… no creo que todo el control del habitáculo esté en este pupitre… No me habría dejado tan tranquilo… Sigo necesitando saber cómo llegué hasta aquí.

Buscó en las distintas pantallas.

Presentía que tenía que estar grabado en alguna parte.

Entonces, Hanora, mirando el reloj-contador, informó:

— ¡Doctor! ¡La aguja! Marca ya un grado. ¡Un grado!

Karban miró la esfera del contador.

En efecto. La aguja había saltado ya el primer punto de los veinticinco.

La lucha contra el tiempo acababa de empezar.

CAPITULO XI

La pantalla reveló lo que Karban deseaba saber. O, por lo menos, vina parte de lo que deseaba saber.

Tripulaba una nave.

Era una de las naves usuales en su planeta, pero aun viéndose en la pantalla, no podía recordar a dónde se dirigía ni por qué.

De pronto, la nave sufrió una brusca sacudida y fue lanzada a través del espacio.

El —Karban— intentaba dominarla por todos los medios.

La velocidad le había hecho perder por completo la estabilidad.

Su cuerpo golpeaba en las paredes del bólido, mientras, atraído por algo extraordinariamente poderoso, el módulo espacial incrementaba aquel ritmo veloz.

Se vio a sí mismo sin sentido.

Luego, la nave pareció entrar en una zona placentera.

El se recobró y consiguió dominar el bólido hasta que se posó sobre una superficie oscura, blanda, viscosa.

Bajó para orientarse.

Pudo dar unos pasos y cayó al suelo.

El bólido estalló en mil pedazos, desintegrándose sin dejar rastro.

El siguió todavía un buen rato inconsciente.

—Ahora estoy despertando —murmuró, viéndose a sí mismo en el momento de despertar en completo estado amnésico.

Revivió las escenas más recientes de su vida, que transcurrieron antes de su llegada al habitáculo de Nágara.

Se vio caer después de andar sin rumbo por aquella superficie extrañamente llana.

Y vio por fin a los dos hombres portadores de motores unipersonales que le recogían, aplicándole a la espalda el motor dirigido por control.

— ¿Quiénes son esos hombres? —preguntó el doctor.

—Los luchadores de Frigio —dijo Hanora.

— ¿Y me trajeron aquí? —preguntó él.

—No. Ellos no —repuso Hanora—. Vea lo que ocurrió.

El seguía con la atención puesta en la pantalla.

Su propio cuerpo, inconsciente, volaba por los aires, propulsado por aquel motor que a modo de mochila le aplicaron en la espalda.

Iba en medio de los dos hombres que le habían rescatado.

El vuelo duró un buen trecho, hasta que de pronto…

En el espacio quedaron proyectados dos potentes reflectores.

Cada uno de aquellos rayos alcanzó a los que flanqueaban al

doctor.

A través de la pantalla, Karban pudo escuchar el grito de uno de ellos.

— ¡Estamos bajo el poder de Nágara!

El otro replicó:

— ¡Cambiemos el rumbo!

Pero nada pudieron hacer.

Los rayos fulminaron a los dos luchadores de Frigio.

Perdieron estabilidad.

Sus cuerpos flotaron todavía por la inercia del motor hasta que cayeron sobre el llano viscoso. El único que continuó inconsciente su vuelo fue el propio doctor Karban.

Fue desviado de su ruta.

Su trayectoria cambió por completo y siguió vagando por el llano, volando a escasa distancia del suelo.

Algo parecía atraerle hacia un punto difuminado en el horizonte.

Allí estaba la única montaña de aquel extraño planeta.

En lo alto se formaba una especie de cráter, semejante al de un volcán. ¡Un volcán!

Karban vio a través de la pantalla cómo penetraba a través de aquel profundo pozo, siempre con el motor unipersonal colgado de su espalda.

Entonces vio aquella plazoleta rocosa donde antes había visto pasear a las muchachas y la injusta ejecución de una de ellas.

Allí fue recogido por dos de las habitantes del habitáculo y conducido al quirófano.

Se vio a sí mismo tendido en la mesa de operaciones, examinado atentamente por la doctora.

Le aplicaron un inyectable y con una especie de camilla le condujeron a la habitación en la que había despertado.

A continuación seguía la escena en que Hanora entraba y él abría los ojos.

Cerró la pantalla. El resto ya lo conocía por haberlo vivido en plena lucidez.

—Ahora está todo bastante claro... —murmuró él.

Las tres muchachas permanecieron silenciosas.

—Ignoro lo que hacía en esa nave... Pero la desviaron expresamente para hacerme venir aquí. Me necesitaban. Me necesitan.

Nadie replicó.

Karban continuó su soliloquio.

—Esos luchadores de Frigio pretendían salvarme... Posiblemente imaginaban que corría peligro, pero hallaron la muerte con esos rayos que partieron de algún lugar de este habitáculo... —Miró a las tres

mujeres e inquirió—: Debe de haber algún lugar donde existen las armas defensivas… ¿Sabéis dónde está?

—En los dominios de nuestro jefe —adujo Hanora—. No lo sé con seguridad, pero conozco toda la parte libre de nuestro habitáculo y no hay ningún lugar destinado a la defensa.

—Tendré que salir… Tal vez vuestro médico sepa por dónde puede penetrarse a los dominios de Nágara.

—Tenga cuidado —advirtió Hanora.

—Lo tendré… No os preocupéis. Ahora ya sé unas cuantas cosas más. Pero necesitaré un plano del habitáculo.

—No podrá salir —murmuró Hanora.

— ¿Eh?

—Las puertas… —recordó ella.

—Es verdad.

—Iré con usted —repuso la muchacha.

El doctor vaciló.

Miró el reloj-contador.

Acababa de saltar el segundo grado de su tiempo. Le quedaban únicamente veintitrés puntos para solucionar el problema.

—Está bien. Yo te protegeré, Hanora. Vamos. —Y mirando a las otras dos, advirtió—: No os mováis de aquí.

Polana y Anitzia asintieron.

— ¿Tenéis alguna clase de armas? —preguntó, antes de abandonar el laboratorio.

Negaron.

—Bien. No tardaremos —repuso el doctor.

Hanora estaba ya en la puerta, que a su paso se había abierto.

Karban se reunió con ella.

—Necesito conocer bien todo el habitáculo —dijo el doctor.

—Yo le guiaré —repuso la muchacha.

CAPITULO XII

Cruzaron varias puertas, cuyos umbrales traspusieron los dos juntos.

Llegaron al fin al patio.

Desde lo alto de unos peldaños, Karban examinó el lugar.

Era una plaza de dimensiones irregulares, grande, estaba contorneada por rocas y recibía una extraña luz azulada.

Mirando hacia el aire, daba la sensación de hallarse en el exterior, en pleno aire libre.

Sin embargo, no era así. En lo alto existía un techo difuminado por la misma luz.

—Parece que nos hallemos en el centro de un planeta. Sin embargo, la temperatura es estable.

Hanora asintió.

—Me gustaría encontrar esa entrada secreta para dirigirme a las dependencias de vuestro jefe.

—No sé dónde está —repuso ella.

—Es peligroso salir. Esto debe estar lleno de pantallas. No me sorprendería que nos estuviese observando.

Karban examinó detenidamente la plaza. Era demasiado grande para poder recorrer todos los rincones.

—No quiero exponer tu vida, Hanora.

—No me importa. Me has hablado de libertad, de cosas que yo ignoraba... Creo que en muchas tienes razón. Yo y mis compañeras vivimos sometidas..., atemorizadas y no somos libres. No. No lo somos... Tienes que ayudarnos, Karban...

Le hablaba con vehemencia. Su tono adquirió un matiz de súplica.

El la miró en sus ojos profundos y hermosos.

Inevitablemente, el impulso hizo que su boca se uniera a la de Hanora.

Sintió cómo el cuerpo de la mujer se estremecía a su contacto.

—Karban... —suspiró ella.

Acababa de sentir algo nuevo.

—No nos abandones, Karban, ayúdanos —suplicó ella de nuevo.

La boca del joven doctor buscó nuevamente la de la muchacha.

—Hay un mundo desconocido dentro de ti... Sí, Hanora, tengo que salvaros —murmuró él, una vez terminó de abrazarla.

Volvieron hacia el interior.

—Llévame hasta el cirujano —dijo.

Corrieron cogidos de la mano a través del corredor.

—Es más arriba. Tendremos que tomar el ascensor. Es peligroso.

Ella puede dominarlo desde abajo —dijo Hanora.

—Necesito poder entrar y salir por mí mismo... Quizá en el laboratorio encuentre algo... ¡Espera! Tengo una idea. Vamos.

—¿Dónde?

—Regresemos al laboratorio —espetó Karban.

*

Los dedos ágiles de Karban manejaron los cables con precisión y rapidez.

En pocos momentos quedó restablecida la comunicación de la pantalla principal.

Pulsó el botón de contacto y apareció el rostro de Nágara.

—Lo siento. Ha habido una avería.

Nágara no contestó.

—Estoy trabajando para usted, Nágara.

—Está tramando algo, doctor K. Y esto es muy peligroso.

Ha perdido usted tres grados de su tiempo.

Una rápida ojeada bastó para que Karban observara el reloj-contador.

Sí. La aguja había saltado ya tres puntos. Sólo le quedaban veintidós del tiempo que le había sido asignado.

—Su amigo el profesor Rigod estallará si en el plazo concedido no ha obtenido usted la fórmula que le he pedido, y su vida se extinguirá igualmente, doctor... No desperdicie su tiempo.

Fue ella misma la que cerró el contacto.

El volvió a pulsar el botón.

— ¿Qué quiere ahora? —inquirió, con voz desabrida Nágara.

—Tengo que averiguar la forma para dirigir el procedimiento de ataque... Necesito hacer algunos reajustes en el pupitre de mandos. Puede que nuestra comunicación quede cortada otra vez.

— ¿Por qué necesita esto?

—Mire, Nágara, usted quiere únicamente la fórmula, pero yo debo actuar de acuerdo con mis conocimientos. Déjeme hacerlo a mi modo.

— ¿Pretende engañarme?

—Escuche. Tengo veintidós grados de tiempo. Déjeme utilizarlos a mi modo. Los triunfos están en su mano.

—Haga lo que quiera, pero no crea que no dispongo de otros medios... Aunque le desconecte, puedo saber lo que usted hace. No lo olvide, doctor, mi poder es ilimitado.

—Sin embargo, me necesita a mí.

—No sea vanidoso, doctor.

—Me necesita, Nágara —repuso él.

Ella cortó de nuevo.

Se volvió rápidamente a Hanora.

—Ahora escucha. Necesito uno de esos aparatos que os introducen en la epidermis… Yo mismo me lo colocaré. Esto llevará algún tiempo, pero necesito poder andar libremente.

—Déjame que yo te guíe —repuso Hanora.

—No. Es demasiado peligroso. Si nos ve juntos, pensará que pretendo escapar. Vosotras podríais pagar las consecuencias.

— ¿Qué debo hacer?

—Examinemos otra vez el quirófano.

Conectó la pantalla correspondiente a los dominios de la doctora Anucia.

—Ahí estarán seguramente los ojos electrónicos que os introducen en las piernas. Debes buscarlos, Hanora. Necesito uno… Tráeme también un bisturí, sutura y pinzas.

Ella asintió.

El tiempo parecía transcurrir más aprisa en los últimos momentos. ¡Y quedaban todavía muchas cosas que hacer!

CAPITULO XIII

Hanora recorrió el corredor con naturalidad.

Nadie se interpuso en su camino.

Tomó el ascensor, que ascendió hasta la planta destinada a pabellón de recuperación.

Tras una de aquellas puertas estaba el quirófano.

Karban seguía los movimientos de la muchacha a través de la pantalla.

La vio entrar en el solitario quirófano.

La vio acercarse a uno de los armarios y abrirlo, tirando de un simple pomo.

Buscó afanosamente.

No. Allí no estaba lo que necesitaba.

Se dirigió al segundo armario.

No tenía pomo.

Intentó forzar la puerta.

A través de la pantalla, y siguiendo sus movimientos, Karban hizo un mohín de contrariedad.

Vio cómo Hanora intentaba encontrar algo sobre una mesa acristalada.

¡Un control remoto!

Lo tomó y trató de abrir el armario.

Las puertas cedieron.

—Ya está —murmuró Karban.

Ella buscó afanosamente en los estantes.

Al fin vio cómo sus manos cogían algo.

Otra de las pantallas, correspondiente al corredor adjunto, estaba también iluminada, y Karban pudo ver cómo el doctor Anucia se dirigía hacia el quirófano.

Interiormente, deseó:

« ¡Date prisa, Hanora!»

El doctor se aproximaba a la puerta de entrada. Hanora iba a salir.

— ¡El bisturí y la sutura! —exclamó Karban, como si ella pudiera oírle.

Pero Hanora lo recordó de pronto y fue en busca de lo que se le había olvidado.

En la otra pantalla, Anucia estaba ya en la puerta, que comenzaba a abrirse.

De pronto pareció pensar en algo determinado y se separó.

Hanora tenía ya el bisturí y la sutura y se disponía a salir.

Anucia volvía hacia la puerta. Se abrió.

Las dos mujeres —el doctor y Hanora— se encontraron frente a frente.

Hanora, con las manos en la espalda, ocultaba los objetos robados.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió el doctor.

—Quería hablar con usted. El doctor K. tiene algo que preguntarle.

—Menos mal que sabe mentir —murmuró Karban, que observaba la escena conjuntamente en las dos pantallas.

—Bien —repuso el cirujano—. Iré más tarde.

—Está bien... Se lo diré.

Se miraron durante breves instantes.

Al fin, Anucia decidió entrar en el quirófano y Hanora se las ingenió para que la mano que llevaba lo que había cogido quedara oculta en su cuerpo.

Sólo quedaba el peligro de que Nágara hubiera observado lo que ella hacía, pero era un riesgo que necesariamente debía correr.

Instantes más tarde llegaba de nuevo al laboratorio.

—Aquí lo tienes —dijo ella, depositando los objetos sobre la mesa larga.

El los examinó.

—Correcto. Una parte del ojo electrónico...

— ¿Vas a practicarte un autointervención? —inquirió ella.

—Sí. Tengo que hacerlo —repuso Karban.

—Será dolorosa.

—Intentaré resistir —sonrió Karban.

Remangó la pernera derecha de su pantalón de tejido dúctil hasta encima de la rodilla.

Luego buscó un lugar donde sentarse.

Escogió un taburete.

—Espero no desmayarme... Si ocurriera, despertadme por todos los medios.

Ellas asintieron.

Karban, con el bisturí en su mano derecha, calculó el lugar donde debía practicar la incisión.

Las tres mujeres miraban ansiosas aquellos preparativos.

Decididamente, Karban clavó el instrumento. La sangre corrió por su pierna. Apretó los dientes para contener el dolor. Practicó la incisión y en seguida sujetó la carne con las pinzas.

Hanora enjugaba la sangre.

—El... ojo mágico —pidió el doctor.

Polana se lo facilitó.

—Debo..., debo darme prisa.

Actuaba en posición forzada y, además, tenía que luchar contra el dolor que le producía la autointervención.

Pero Karban seguía con firmeza y decisión.

CAPITULO XIV

El planeta Frigio no era de los más conocidos. Su pequeñez y su escasa área de habitabilidad hacían del lugar un sitio infrecuentado por los exploradores.

Pero Frigio, precisamente por su pequeñez y por la escasa defensa que poseía, era un habitáculo cuyos jefes sentían la constante preocupación de poseer las armas defensivas necesarias para casos de ataque enemigo.

Uno de los comandos exploradores acudió a presencia del mando supremo de defensa.

—Gran Kassier... Hemos encontrado a nuestros hombres. Estaban en la superficie de Nágara —informó.

—Lo que suponía —replicó el veterano jefe del departamento de defensa.

—Estaban muertos —siguió el comando informante.

— ¿Rayos?

—Sí.

—El jefe de Nágara no desaprovecha la menor ocasión para atacarnos... Quisimos salvar a ese tripulante y perdimos a dos de los nuestros...

— ¿Era importante ese tripulante, Gran Kassier?

—Interceptamos el mensaje de Nágara. Esas mujeres le raptaron de su planeta. El tripulante era una eminencia científica.

—No es la primera vez que intentamos salvar a alguien de caer en manos de esas hembras sanguinarias... Creo, Gran Kassier, que sólo nos resta una solución.

—La guerra, ¿eh? —murmuró pensativamente el jefe.

—Sí, Gran Kassier. Nágara hace tiempo que acaricia la idea de invadirnos... Viven bajo la superficie del planeta y aspira a gozar del aire libre. En Nágara la noche es eterna... Aquí, en cambio, tenemos un sistema solar. Hay vegetación en nuestros jardines y disponemos de elementos naturales de vida.

—Siempre he detestado las guerras; sin embargo, estamos bien preparados... Intentaré hablar con el jefe de Nágara.

—Es una hembra peligrosa.

—Parlamentaré con ella. Podemos llegar a un acuerdo.

—Es una asesina. Igual que todas sus mujeres.

—Nunca las hemos visto... No hay que juzgar a los demás con precipitación. Tal vez por ser hembras se crean débiles y atacan... Nunca hemos podido establecer contacto directo. Yo... soy el primero en lamentar la muerte de esos comandos y pienso exigir

responsabilidades por ello… Que preparen mi nave. Emprenderé la marcha ahora mismo.

—Permítame acompañarle, Gran Kassier —repuso el comando explorador.

—No. Quiero ir solo y en son de paz.

—Es peligroso, Gran Kassier.

—Sé lo que tú deseas… Lo que pensáis la mayoría. Queréis la guerra. Exterminar a las hembras de Nágara… Bien, si no hay más remedio se hará así… Pero si existe un medio, un solo medio para que haya paz, me atendré a él.

El gran jefe del departamento de Defensa dio por terminada la entrevista y se reunió con el Consejo, que le aguardaba en el aposento contiguo.

—Los luchadores están soliviantados y no les falta la razón —murmuró, al tomar asiento en el lugar que ocupaba en la mesa.

El jefe del departamento de Gobernación murmuró:

—Ellos ignoran la verdad… Durante muchos períodos hemos mantenido el secreto. Pienso que quizá deberíamos desvelarlo.

Hubo un murmullo de voces.

El que había hablado antes, continuó:

—Para nuestros luchadores sólo existe una palabra válida y con sentido: guerra.

—Les hemos enseñado a luchar —replicó otro de los reunidos, que representaba al departamento de Ciencia.

—Pero nunca les hemos dicho que un día nuestras mujeres desaparecieron secuestradas por la idea loca de una mente enfermiza. Y esas mujeres están ahora regidas por un cerebro egoísta… Son las propias hermanas de nuestros luchadores.

Hizo una pausa para añadir:

—Eran sólo unas niñas cuando desaparecieron tras la matanza. Asesinaron a las madres, que eran nuestras esposas, y nos quedamos con los varones que pudimos salvar… Eran demasiado niños para poder recordar lo que ocurrió… Formábamos todos un pueblo bien avenido que tras largo peregrinaje encontró el habitáculo que a todos pareció ideal… Estábamos en plena evolución cuando surgió la catástrofe… Fue imposible rescatar a nuestras propias hijas, a las hijas de nuestros compañeros… No podíamos desencadenar una guerra por falta de medios, y cuando los tuvimos, tampoco nos atrevimos a luchar para no hacer daño a lo que era carne de nuestra carne.

Se hizo otro largo silencio.

El jefe del departamento de Defensa lo interrumpió para decir:

—Por esto estoy decidido a ir a parlamentar. Sé que es peligroso, pero necesario. Si no consigo nada positivo o sucumbo en la empresa, será llegado el momento de advertir a los luchadores. De decirles la

verdad.

Fuera se oían gritos.

Pequeños corros de hombres atléticos hablaban soliviantados, violentos.

Uno de los pertenecientes al Gran Consejo los observó a través del mirador de la torre.

—Si supieran la verdad no pedirían la guerra, pero… querrían rescatar a esas mujeres… para unirse a ellas. Dejarían de pensar en guerras…

—Necesitamos recuperar a las mujeres —terció otra voz—. Es la continuidad de nuestra raza la que está en juego.

—No podemos emplear la fuerza —adujo nuevamente el jefe del departamento de Defensa—. Así, por tanto, la única solución es parlamentar.

—Si estás decidido, Kassier —dijo el que representaba el Gobierno del habitáculo.

—Lo estoy.

—Entonces, te deseamos suerte en tu empresa.

El Gran Kassier dejó el Consejo.

En el exterior, los grupos eran cada vez más nutridos. Los luchadores estaban deseosos de demostrar su valía destruyendo Nágara, ignorantes que bajo las entrañas del planeta viscoso se cobijaban mujeres de su propia estirpe y que la única enemiga real que tenían era Nágara. El jefe que tenía dominada la voluntad de las raptadas.

CAPITULO XV

El doctor Karban había concluido con la sutura.

La autointervención para colocarse la parte de ojo mágico en la parte correspondiente había concluido.

Se incorporó y su pierna flaqueó un poco al apoyarla en el suelo.

— ¿Puedes andar? —preguntó Hanora.

—Lo intentaré.

—Apóyate en mí.

Se cogió al hombro de la muchacha y dio unos pasos por la estancia.

—Voy a salir. Buscaré la entrada que conduce a las dependencias de Nágara, pero antes voy a necesitar al cirujano.

—Vendrá. Le he dicho...

—Sí. Ya lo oí, pero si tarda, iré a buscarle. Hemos perdido cinco grados, seis casi. —Y en aquel instante, la aguja se movió hacia el punto diecinueve. Eran exactamente los grados de plazo que Nágara le había dado.

En aquel instante, se abrió la puerta.

La cirujano penetró en el laboratorio.

— ¿Quería algo de mí, doctor K? —inquirió, con frialdad.

—Sí, colega. Necesito bastante más que algo.

—Yo no soy técnico en su especialidad.

—Veo que está bien informada. Esto me hace suponer que es persona de la entera confianza de Nágara.

—Lo soy.

—En este caso voy a necesitarla...

— ¿Cómo?

—He de conseguir llegar a los aposentos particulares de su jefe.

—Esto no es posible. Supongo que ya le habrán informado...

Karban se mantuvo inflexible.

—Pues usted lo hará posible.

—Oiga...

—Sin comentarios, colega. Pase delante... Nunca he luchado con una persona del sexo contrario, pero si me obliga a hacerlo, lo haré.

—No conseguirá nada de mí.

Karban se aproximó a su colega.

Ella, como autodefensa, esgrimió una especie de punzón.

— ¡Cuidado! —previno Hanora—. Desprende un gas venenoso. Si te toca, resulta mortal.

—Ya lo ha oído, colega —replicó la doctora, recalcando las palabras—. Resulta mortal.

—Usted no hará nada contra mí sin el consentimiento de su jefe...

—Ella nos está escuchando.

—Se equivoca. Siga adelante.

—Le mataré si es preciso.

—No, colega.

Y Karban dio un paso adelante.

— ¡Quieto! Tengo que informar de esto.

Reculó lentamente hacia la puerta.

—No te acerques, Karban. No te acerques —pidió Hanora.

—Vosotras le ayudáis. Estáis de su parte, y ponerse de parte de los enemigos tiene un precio.

Anucia salió de la estancia, pero aún cojeando, Karban se lanzó en su persecución. Al cruzar el ojo electrónico de la puerta, cedió, con lo que quedaba demostrado que la operación había dado el resultado apetecido.

Al salir Anucia avanzaba hacia delante.

Se revolvió.

—No lo intente, Anucia. Su jefe me necesita. Me necesita vivo; de lo contrario, yo ya habría dejado de existir.

—No dé un paso más.

Esgrimió de nuevo aquel punzón, cuya punta, accionando el botón del mango, desprendía el gas letal.

Las tres muchachas habían asomado por la puerta.

Karban avanzó.

—Ni un paso más —previno de nuevo Anucia.

Karban se lanzó a un lado en el momento en que Anucia apretaba el botón.

El chorro de gas comprimido pasó muy cerca de él.

— ¡Cuidado! —había gritado Polana.

El gas alcanzó a la muchacha. Cayó hacia atrás, lanzando una exhalación.

Karban cayó sobre Anucia y le retorció el brazo hasta obligarla a soltar el punzón mortífero.

Ella gritó por el dolor producido con la presión que ejercía sobre su brazo Karban.

— ¡Suélteme!

—Usted me ha obligado. Lo siento...

La compañera de Polana se había inclinado sobre lo que ya era sólo un cadáver.

Karban apretó las mandíbulas.

—Escúcheme bien, Anucia... Yo sí estoy dispuesto a emplear esa arma con usted y la mataré si no me obedece. Siga adelante.

—Sí... Lo que usted diga...

Anucia no poseía la voz casi automática y metálica de las demás.

Posiblemente estaba exenta de toda operación y todo su ser funcionaba normalmente.

—Primero vamos al laboratorio. Tenemos bastante de qué hablar.

Anitzia y Hanora trasladaron el cadáver de Polana al interior.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Karban ordenó a Anucia:

—Siéntese y conteste a mis preguntas.

La mujer obedeció de mala gana.

Karban le apuntaba con el punzón.

— ¿Qué hacen a esas chicas? Mejor dicho, lo que les hacen para que sean alimentadas por un cerebro piloto lo imagino, pero necesito saber en qué punto exacto les practican la operación.

— ¿Cómo sabe...?

—Lo sé y basta. Conteste.

—No puedo decírselo.

—Acabaré por descubrirlo, Anucia, pero antes le mataré a usted si me hace perder tiempo inútilmente.

La voz de Karban era amenazante, incisiva, dura. No admitía réplica ni vacilación.

— ¿Dónde? —insistió, impaciente, Karban, mientras el contador avanzaba otro punto.

Quedaban dieciocho.

—En... la nuca —vaciló Anucia.

—Veamos... Acércate, Hanora. Baja la cabeza.

Hanora obedeció y Karban, sin perder de vista a Anucia ni dejar de apuntarle, retiró el cabello de la muchacha con la mano libre.

Con el tacto de sus dedos intentó buscar la cicatriz.

» Apartó fugazmente la mirada de Anucia para intentar ver la incisión.

Anucia lo aprovechó para correr hacia la puerta.

— ¡Quieta! —ordenó Karban.

Pero Anucia siguió corriendo.

Karban accionó el botón para dar salida al gas. No apuntó a la fugitiva. Se limitó a amedrentarla.

El gas, al chocar contra una pared, abrió un agujero insignificante, del que inmediatamente surgió un hilo de humo.

Anucia seguía corriendo.

Cogió buena ventaja al doctor, debido a que éste cojeaba visiblemente por la herida de la operación.

Sin embargo, Karban siguió tras ella.

Las puertas se abrían a su paso hasta que llegó al patio.

Era la ruta que había tomado Anucia, pero allí no estaba.

Pensó que posiblemente se había dirigido a un escondrijo desconocido para él. Y se propuso encontrarlo...

No tenía más armas que aquel punzón y presentía que mil ojos

estaban atentos a su persona.

Eran los ojos de la jefe de aquel habitáculo en forma de pantallas ocultas, por donde podía vigilar los movimientos de cada uno de los conciudadanos.

Descendió la breve escalinata y avanzo hacia el centro del desierto patio.

CAPITULO XVI

—En alguna parte debe de existir un resorte —dijo, casi en voz alta, buscando entre las rocas.

Todo parecía sólido, macizo.

Se encaminó hacia el centro, justo en el lugar donde había sido ejecutada aquella muchacha llamada Korissa, tan sólo como ejemplo y exhibición del poder de la despótica soberana.

Había una especie de pilón central, pero ninguna abertura, ni la menor señal de que existiera puerta.

Dio la vuelta al pilón y en un lugar determinado creyó escuchar un chasquido.

Entonces escuchó la voz de Nágara.

Resonó por todo el ámbito y al rebotar contra las rocas del subterráneo y la alta bóveda casi imperceptible, el sonido tomó un carácter fantasmal.

—No haga que le aniquile antes de tiempo, doctor K... Cumpla su cometido. Está agotando mi paciencia.

—Usted me necesita, Nágara.

—Pero si quiere intervenir en los asuntos que no son de su incumbencia, no tendré compasión con usted... ni con su amigo. Aproveche el tiempo que todavía le queda. Diecisiete grados.

Y el eco fue repitiendo:

—Diecisiete grados, diecisiete grados...

Retrocedió unos pasos hasta aproximarse nuevamente al punto donde había percibido el chasquido.

Entonces observó que cuando la pierna donde llevaba introducida la parte del ojo mágico pasaba por un punto, una piedra oscilaba.

Se inclinó y empujó la piedra con la mano.

Pero no cedió.

«Debe tener un doble control de seguridad», pensó.

La voz de Nágara volvió a sonar centuplicada por el eco.

—No lo intente, doctor K. No intente llegar a mis dominios. Puedo aniquilarle ahora mismo.

Y entonces surgió el resplandor.

Por un instante, Karban quedó deslumbrado.

Instintivamente, se lanzó al suelo y reprimió una exclamación de dolor por la herida de su pierna recién operada.

El resplandor procedió de una roca.

Era como un foco.

Karban recordaba haberlo visto en una de las pantallas. Era similar o igual al que había matado a los dos hombres de Frigio que le

recogieron cuando estaba inconsciente.

—Sólo tengo que darle la presión necesaria para fulminarle, doctor K. —añadió la voz de Nágara.

Karban empuñó el punzón y dirigió el gas hacia la piedra que se movía.

El pequeño chorro pareció taladrar la roca granítica.

Siguió pulsando.

Miró hacia el foco, que permanecía encendido, pero sin estar dirigido a él.

La piedra quedó perforada, una leve corriente de aire procedente del otro lado le indicó que había atravesado la entrada.

Intentó mover la piedra y empezó a ceder.

¡Lo había conseguido!

Con un empujón quedó abierta la cavidad suficiente para que una persona ligeramente inclinada pudiera pasar.

Automáticamente, el rayo reflector le buscó, pero Karban ya se había introducido por la extraña puerta.

Se hallaba en una especie de galería.

Vio ante sí una escalera débilmente iluminada y comenzó a descender por ella.

Fuera se oyó una pequeña explosión.

Pensó en el rayo y en que posiblemente Nágara había dado la presión suficiente para aniquilarle... ¿Se atrevería a hacerlo en el interior de la cavidad?

Sospechaba que no. Aquellos eran ya los dominios de la extraña y despótica soberana.

Continuó descendiendo con el consiguiente aumento de dolor en la pierna herida.

La escalera era bastante elevada y tardó en llegar al rellano inferior.

Se encontró en otra galería desierta, pero al fondo vio una luz más intensa.

Se aventuró hacia el final, procurando que el resonar de sus pisadas no le delatara.

Cuando llegó al punto donde procedía la luz, vio la puerta abierta que daba acceso a una estancia decorada.

Asomó ligeramente.

Era un departamento de control.

Pantallas y pupitres de mando parecidos a los del laboratorio, pero en cantidad superior.

Dos mujeres caminando como autómatas aparecieron de otra puerta y echaron una ojeada a algunas de las pantallas para tomar algunas notas.

Una comunicó a través de un micrófono:

—Nágara. Se acerca un hombre a bordo de una nave. Acaba de tomar contacto con la superficie del planeta y se dispone a utilizar su aparato volador.

La voz de Nágara repuso:

—Debe ser uno de los luchadores de Frigio. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Fulminadle.

La misma mujer que había facilitado la información manipuló un aparato.

—Tengo el rayo dispuesto —informó.

—Usadlo —repuso la jefe.

Entonces, a través de un comunicador de larga distancia pudo oírse la voz del hombre.

—Soy el comando jefe del departamento de Defensa de Frigio. Vengo en son de paz para entablar conversaciones con Nágara.

La mujer pasó la información a Nágara…

—Ya lo he oído. No quiero dialogar con nadie. Aniquilen a ese hombre.

La mano de la mujer estaba en la palanca.

El doctor comprendió que cuando la accionara, otro hombre sufriría las consecuencias de la crueldad de Nágara.

Sería un crimen porque el comando había informado bien claramente su deseo de parlamentar.

«Necesito hablar con ese hombre», pensó.

Avanzó hacia la sala de control con sigilo.

La mujer estaba accionando el control del rayo.

La otra atendía las indicaciones de una pantalla y no podía verle.

Karban se aproximó lo suficiente.

La del rayo se volvió súbitamente, pero la mano libre de Karban la sujetó apretándole la boca para impedir que gritara.

La mujer se debatió en sus brazos.

Karban la golpeó en la nuca para impedir que gritara.

La otra se volvió. Quiso dar la alarma.

Entonces Karban observó que en el pupitre había el botón azul, era idéntico al del laboratorio y, por tanto, el que hacía desvanecer a las muchachas.

Lo pulsó rápidamente.

En seguida, la otra mujer quedó como paralizada.

Quitó varios contactos y la mujer se desmayó.

Pensó que lo mismo les habría ocurrido a las demás y esperó tener tiempo suficiente para reanimarlas.

Una rápida ojeada a todo el instrumental le permitió apreciar una sólida defensa del lugar.

Pensó que con tal armamento, ¿por qué deseaba un virus para contagiar la atmósfera? Esto era lo que más o menos le había pedido.

No se entretuvo en descifrar el porqué. Intuía que el tiempo se le echaba encima y lo que deseaba ante todo era estar frente a frente con Nágara.

Avanzó hacia la puerta inmediata.

CAPITULO XVII

Nágara estaba sentada en una especie de trono. Con ella se hallaba la doctora Anucia —doctor-director, como la llamaban todos.

Karban les amenazó con el punzón.

—No debió hacerlo, doctor K. —murmuró ella, con un resplandor de odio en sus ojos.

—Estoy dispuesto a terminar con usted, Nágara —repuso serenamente el hombre.

—No lo hará. Porque nunca podrá salir de aquí.

—Pienso hacerlo, Nágara… Y me llevaré al doctor como rehén… Usted le necesita y ya veo que es el único que goza de su entera confianza, puesto que tiene acceso a sus dominios particulares.

Apuntó al doctor y añadió:

—Afuera hay un hombre que quiere parlamentar. Lo he oído, y usted le escuchará, Nágara. Yo mismo le traeré aquí.

—No le dejaré salir.

—Está bien, Nágara. No dispongo de mucho tiempo.

Pulsó el botón del gas y el chorro pasó rozando la cabeza de la mujer.

— ¡No! —grito.

Y mirando a Anucia, añadió:

—Eres una estúpida… Te has dejado arrebatar el arma.

—Me sorprendió. Yo no esperaba…

—De prisa. Necesito salir de aquí.

Nágara estaba en un verdadero apuro. Se le notaba en su semblante. Al fin la mujer poderosa había caído en las manos de una inteligencia superior, acompañada de un valor plenamente demostrado al arriesgarse en aquel habitáculo hostil, solo y jugándose la vida.

—Está bien. Salid, pero si intenta escapar, le mataré… Tengo recursos para hacerlo. ¡Yo controlo Nágara!

—A usted no voy a dejarla libre. Es demasiado peligrosa. ¡Sígame!

*

Poco después estaban en el laboratorio.

En el suelo yacían Hanora y Anitzia, faltas del control regidor de su cerebro.

Siempre luchando contra el tiempo, Karban ordenó a Anucia:

—Traiga a las dos mujeres encargadas de manejar los mandos. Dese prisa…

—Si no conecta el botón, todos morirán.
— ¡Dese prisa! Antes morirá su jefe. No lo olvide.
Anucia obedeció.
Karban buscó algo con la mirada.
En un rincón de la estancia había unos correajes. Se acercó para probar su consistencia.
Estaban hechos de un material duro, resistente, pero flexible.
Rápidamente ató con ellos a Nágara, sujetándole los brazos a la espalda y a uno de los ganchos del tablero pupitre.
Se aseguró bien de que no pudiera moverse.
El contador estaba en el grado 15 y le quedaba todavía mucho por hacer.
Abrió la puerta y se asomó al corredor. Anucia llegaba con las dos chicas a rastras.
—Abra el control antes de que sea demasiado tarde —dijo Anucia.
—Cuando haya atado a ese par de sicarias, hágalo usted misma. Las quiero inmovilizadas igual que a Nágara.
Anucia obedeció.
Karban accionó el mando para devolver el estado normal a las habitantes del extraño planeta.
Hanora despertó, respirando con dificultad. A Anitzia le costó más trabajo rehacerse.
Karban ayudó a Hanora a levantarse.
—Hay otro control abajo. He tenido que hacerlo para evitar que se cometiera un nuevo asesinato. Se acerca alguien de Frigio y quiere parlamentar. Voy a salir de aquí, pero volveré... Entretanto, no permitáis que Nágara escape.
— ¿Has conseguido apresarla? —murmuró Hanora, asombrada.
—Sí. Tened cuidado. No os dejéis intimidar. Me he asegurado bien. Si no recibe ayuda, no podrá moverse.
Se volvió hacia Anucia.
—Vamos. Dígame por dónde se sale de aquí.
Tras una leve vacilación, Anucia se acercó al pupitre de mandos. Conectó una pantalla y pulsó un botón.
—Vamos —dijo.
Salieron fuera y cruzaron el corredor.
Al llegar al ascensor, éste comenzó a ascender con Anucia y Karban en su interior.
El ascensor subía de prisa y parecía que no iba a detenerse nunca.
Al fin, paró.
Cuando salieron, Karban vio que se hallaban en una galería próxima a la embocadura del cráter.
Una escalera mecánica de escasos peldaños conducía hacia el exterior.

Cuando asomaron, vieron a lo lejos la silueta del hombre de Frigio que se aproximaba por los aires.

Sobre la superficie del planeta reinaba la oscuridad, pero era posible ver al hombre volador acercarse a la entrada.

Momentos después se posó sobre las rocas calcinadas cerca del cráter.

Karban fue a su encuentro haciendo que Anucia anduviera delante.

CAPITULO XVIII

El jefe del departamento de Defensa de Frigio explicó en breves palabras la verdad.

Cuando Karban supo que aquellas mujeres habían sido raptadas en un período anterior del planeta Frigio, comentó: —Entonces, lo que ustedes desean no es la guerra.

—No, doctor. Queremos rescatarlas y he venido para llegar a un acuerdo con Nágara.

—Lo veo difícil.

—Yo también, pero he de intentarlo. Mi hija está entre ellas y las hijas de otros compañeros, y las hermanas de nuestros luchadores...

—Comprendo. Sin embargo, Nágara pretende eliminarles a ustedes... Pretende obligarme a que fabrique un virus que contamine la atmósfera. Me habló de un posible ataque en masa, pero yo me negué... Sin embargo, me queda poco tiempo. En mi planeta un hombre va a morir si no cumplo lo que ella ha ordenado y aquí queda mucho por hacer.

El hombre de Frigio pareció comprender.

—Ya sé para qué quiere ese virus... Pretende destruirnos a todos... Contaminar la atmósfera de Frigio y acabar con sus habitantes para convertirse en la dueña absoluta... Nos odia.

— ¿Por qué?

—Porque sufre una deformación mental, debido a las influencias de un tal profesor Solman.

— ¿Solman?

— ¿Le conoció usted?

—Escribió algo sobre cerebros dominados.

—Sí. Este.

—Estuvo una vez en mi planeta. La gente se horrorizó con sus ideas y fue expulsado.

—Nágara creía en él, y cuando cursaba estudios astronómicos en el centro oficial intentó hacer ciertas prácticas, por lo que fue expulsada. Posteriormente consiguió montar un laboratorio y experimentar las enseñanzas de Solman con los niños. Recibió el castigo correspondiente. Fue entonces cuando abandonó el planeta. Logró convencer a unos cuantos desaprensivos sin escrúpulos y una noche nefasta se lanzó contra nosotros llevándose a todas las niñas y matado a las mujeres de más edad.

Hizo una pausa y añadió:

—Los hombres que la ayudaron ya pagaron su terrible acción. Nágara les asesinó. De esto han pasado muchos períodos...

—Sin embargo, Nágara no parece vieja. Al contrario, aparenta la misma edad que las demás muchachas.

—La Nágara que usted ha conocido no es la que perpetró el rapto. Se trata de su hija, de su única hija, que heredó el enfermizo cerebro de su madre y sus enseñanzas.

—La tengo a buen recaudo. Y suya es. Puesto que el problema es de ustedes y el daño lo recibieron ustedes, justo es que la juzguen y le apliquen el castigo que crean oportuno —repuso el joven doctor.

— ¿Cómo están las muchachas? —quiso saber Kassier.

—Necesitarán ayuda. ¿Tienen buenos médicos en Frigio?

—Sí. Los tenemos.

—Cada una de ellas tendrá que sufrir una intervención quirúrgica. Yo les ayudaré en lo que pueda.

— ¿Una intervención? —inquirió Kassier, alarmado. Luego, añadió —: Lo suponía. Las ha convertido en autómatas.

Karban se volvió hacia Anucia.

—Esa es la mano derecha de la actual Nágara. — ¡Anucia! Tú eres Anucia… A pesar de los años te he reconocido…

Anucia volvió el rostro. Kassier aclaró:

—Es la hija de un amigo mío, un componente del Consejo gubernamental… Será un golpe para él.

—Sin embargo, puede ayudarnos reparando el daño que ha hecho.

—No cuenten con ello —repuso la doctora.

—Pero… —empezó Kassier, el jefe del departamento de Defensa de los frigios.

—No he conocido más vida que ésta —cortó la muchacha, con altivez, erguida, desafiante.

—Teme a Nágara. Eso es todo —repuso Karban.

—Yo no temo a nadie. Nágara confía en mí. Ella no me sometió como a las demás… Seré su sucesora.

— ¿Sucesora de qué? —terció Karban—. ¿De un lugar muerto, tan muerto como una necrópolis? ¿No te das cuenta? Gobernáis autómatas. Os alimentáis con químicas que os destrozan el organismo.

—Seremos los dueños de Frigio.

— ¿Se da cuenta? Acarician este sueño, por eso quieren aniquilarnos, contaminando nuestro aire —murmuró Kassier.

—Bien… Eso carece ya de importancia, Kassier —repuso el doctor —. Sólo quería hablar con usted, conocer sus razones… Puedo decirle que no hay peligro. Tengo en mi poder a Nágara. Sólo preciso una nave capaz de trasladar a todas esas prisioneras.

—Tendrá cien naves si son necesarias para salvar a nuestras mujeres —repuso el otro.

—No podrá llevárselas, Karban —terció Anucia.

— ¿Quién va a impedírmelo?

—Usted mismo. Si las saca del control del cerebro-guía, morirán... No pueden permanecer más de cinco grados apartadas del generador que les suministra la energía para vivir.

—Está bien... Desmontaré el generador y construiré otro para transportarlas. Tienen dos.

—Pero se complementan... Además, aunque consiguiera descubrir la frecuencia de la energía necesaria para alimentar los cerebros, no tendría tiempo suficiente para construirlo. Recuerde que le dieron veinticinco grados... Ya no le quedan muchos.

Karban quedó pensativo.

—Un amigo suyo morirá...

—No se atreverán a...

—Y usted morirá también y todos... Antes de perder a sus conciudadanos, Nágara ha conectado el contador a las cargas de autodestrucción.

—Entonces... —empezó Kassier.

—Están en nuestras manos... Váyase, Kassier, ahora que todavía le queda una oportunidad, y usted, doctor K, regrese; también le queda una oportunidad si sabe aprovecharla —sentencia Anucia, en tono triunfante.

CAPITULO XIX

—No se mueva, Kassier, y espere mis instrucciones por radio —repuso Karban, después de pensar unos segundos.

— ¿Qué se propone?

—Necesito saber el tiempo de que dispongo. Ahora ya conozco el camino.

Dejó a Kassier con la doctora Anucia.

Regresó al ascensor.

Pero había algo que ignoraba con respecto a su funcionamiento.

Las puertas obedecían al mando electrónico de que era portador; sin embargo, ignoraba por qué procedimiento se detenía.

— ¡Al laboratorio! —dijo, con una corazonada.

¡Y el ascensor se puso en marcha!

Quizá a los demás no les era necesario pronunciar la palabra. A su cerebro portador de las células artificiales le bastaba pensar para que el ascensor ascendiera o descendiera según el punto de destino.

Se detuvo frente al corredor que conducía al laboratorio.

Fue todo lo aprisa que la herida de su pierna derecha le permitía, y cuando entró, vio que todo seguía igual.

Nágara y las ayudantes de la sala general de mandos seguían sujetas con las correas.

— ¡Karban! —exclamó Hanora, al verle.

El consultó el tiempo.

Le quedaban únicamente once grados.

— ¿Ocurre algo? —inquirió Hanora.

—No lo sé. Todavía no lo sé.

En los labios de Nágara se dibujó una sonrisa burlona.

—No se saldrá con la suya —gritó Karban.

Era tarde para pedir ayuda a su planeta. La lucha contra el tiempo había tomado carácter desesperante.

Comunicó con Kassier.

—Oiga... ¿Cuántos grados de tiempo tardaría en traerme a todos los cirujanos de que dispone?

—Podría hacerlo en seis grados. Comunicando desde aquí. Pero no son muchos.

— ¿Cuántos?

—Tres.

—Menos es nada. Tenemos que salvar al mayor número posible de vidas y sólo disponemos de once grados de tiempo... Llévese a Anucia, y traiga gente para llevarse también a Nágara. Aquí serían un estorbo.

Cortó la comunicación y se dirigió a las dos muchachas.

—Hanora, Anitzia, reunid a todas las mujeres, concentradlas cerca del quirófano. Necesitaré a alguien que obedezca mis órdenes para cerrar el control del cerebro piloto cuando sea conveniente.

—Yo me encargaré de esto —repuso Hanora.

—Bien. Ahora haced lo que os he dicho. Corred.

Salieron a escape del laboratorio.

Nágara sonrió triunfante.

—Ya no dispone de tiempo, doctor K. Se ve que no aprecia usted la vida... Ha desperdiciado su oportunidad de colaborar conmigo... Le hubiera dejado libre...

—No quiero comprar la libertad a ese precio.

—Escuche, doctor... Todavía le queda una oportunidad... No tendrá que hacer nada contra los frigios.

— ¿Qué está tramando su podrido cerebro ahora?

—Que se quede aquí.

— ¿Que me quede en...? Es una demente, una demente en un lugar demencial, en una gruta infesta...

—He inculcado a mis ciudadanas la idea de que no existía el sexo —confesó Nágara—, pero nosotros sabemos que existe. Y yo necesito descendientes... ¿Comprende, doctor K?

Ahora Nágara usaba de un tono cálido, falsamente apasionado.

—Descendientes tan locos como usted para seguir sojuzgando a esas mujeres autómatas... ¿Con quién cree que está hablando?

—Con alguien que morirá muy pronto si no toma una decisión que a mí me satisfaga.

—Le repito que no compraré mi vida a ese precio.

—Su vida vale bien poco.

—Menos la suya, ni la de su fantástico reino... Dentro de unos períodos, sus conciudadanas habrán muerto.

—Pero hay más en otros mundos. Las sacaré de sus habitáculos y volveré a tener mi ejército... Un ejército fiel, porque donde no existe el amor no puede haber infidelidad.

—Cállese de una vez y déjeme en paz. Soy dueño de mi tiempo todavía.

Dejó a Nágara y corrió hacia el piso más profundo del habitáculo para pasar a la sala de control.

Examinó rápidamente cada uno de los aparatos y buscó los contactos con el exterior.

Intentó encontrar el mando que permitía visionar a distancia su planeta.

—Si pudiera advertir a Rigod... Por lo menos salvaría la vida de mi amigo.

Pulsó algunos botones y varias pantallas se iluminaron.

Desde aquella sala, todo quedaba controlado. Vio la zona exterior.

Vio también un lugar desconocido y por el aspecto y atuendo de sus hombres dedujo que se trataba de Frigio.

Por fin dio con el mando deseado, y ante la pantalla apareció la imagen de la mujer que vio entregar el reloj-contador a Rigod.

La mujer miraba hacia la pantalla como si esperara instrucciones.

Ignoraba su nombre, pero decidió hablar.

—Habla control Nágara... Recupera reloj-contador de profesor Rigod.

La muchacha quedó como inmovilizada y la voz del doctor repitió nuevamente la orden.

Entonces la muchacha comenzó a andar.

Graduó la pantalla y podía seguir sus pasos.

Se dirigía al edificio de la Comisión Espacial.

«Va a cumplir la orden», pensó.

Calculó el tiempo de su planeta en relación con los grados del contador.

Mientras aguardaba, habló a través del micro general.

—Hanora... ¿Tienes reunidas a todas?

—Sí, Karban. Están en la sala contigua al quirófano.

—Está bien. Regresa al laboratorio y quédate a la escucha.

La muchacha de Nágara caminaba como una autómata, mezclada entre la gente del edificio.

Subió al ascensor y se detuvo en la planta de la Comisión.

Instantes después estaba en el despacho privado de Rigod.

—Hola, profesor... Acabo de entregarle un contador. ¿Recuerda?

— ¡Oh, sí! En la estación del autobús —repuso Rigod.

— ¿Le molestaría devolvérmelo? El doctor K. me ha dicho que tiene una avería.

—No comprendo. Creo que funciona perfectamente.

—Devuélvamelo, por favor. Lo tendrá cuando esté completamente arreglado.

—Bien. Si mi amigo Karban lo cree así...

Rigod le devolvió el contador.

«¡Todo estaba previsto!», pensó Karban, viendo con qué facilidad la muchacha parecía seguir unas instrucciones previamente dadas, porque él se limitó a pedirle que recuperara el contador sin darle más detalles ni instrucciones de cómo debía hacerlo. Sin embargo, fue ella, la autómata, quien se las ingenió.

Pulsó nuevamente el contacto para hablar con ella.

—Destrúyelo. ¿Me oyes? Destrúyelo.

Ella no dijo nada. Se limitó a accionar unas piezas.

Estaba en un jardín público.

De pronto, se oyó una explosión.

El contador estalló.

Fue un estallido terrible, similar al que inmoló a la muchacha en el patio.

Cuando la visión de la pantalla se recuperó, de aquella mujer sólo quedaban un montón de restos irreconocibles.

Karban murmuró algo ininteligible entre dientes.

¿Qué había ocurrido?

¿Tenía acaso aquella muchacha la orden de auto-inmolarse?

¿Se equivocó al manejar las agujas que controlaban el explosivo?

De repente, y ajeno por completo a lo que estaba pensando, tuvo una idea. Fue algo fugaz, algo que podría serle de gran utilidad.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes? —exclamó, en voz alta.

CAPITULO XX

Estaba otra vez en el laboratorio.

Tomó al reloj-contador en sus manos.

—Anucia ha mentido. Dijo que no podíamos trasladar a las mujeres porque necesitaban estar cerca del cerebro piloto, pero no es cierto.

Nágara frunció el entrecejo.

—Su emisaria en mi planeta, la que entregó el reloj-contador a Rigod, podía vivir a mayor distancia de la que se encuentra Frigio.

Nágara guardó silencio.

—Fue una artimaña de un cirujano, y voy a sacarle la verdad ahora mismo. —Volvió a mirar el contador.

Luego, se dirigió a Hanora.

—Saca a todas al exterior. Seréis intervenidas lejos de esa gruta infecta.

—No espere la colaboración de Anucia —dijo, con orgullo, Nágara.

—Voy a jugar con sus mismas armas… —Tomó el contador y aflojó ligeramente los correajes de Nágara para sujetarlo en su cuerpo.

— ¿Qué hace?

—Si está preparado para estallar en el grado veinticinco, usted recibirá la descarga.

— ¡Quíteme esto de encima! —gritó Nágara

Por primera vez, sus ojos reflejaban terror.

—No, Nágara…

Cogió a Hanora de la mano y se alejó del laboratorio.

— ¡Quíteme esto, doctor K., le prometo respetar su vida!… —seguía gritando.

Pero Karban estaba ya lejos.

— ¡Quíteme esto!

Las paredes insonorizadas impedían que nadie pudiera oírla.

*

Se habían reunido todas en el exterior.

La mayoría ignoraban cuál iba a ser su destino y no parecía importarles. Las otras, al encontrarse fuera del habitáculo subterráneo, parecieron recobrar algo perdido ya en su niñez, una alegría que no sabían definir.

—Así sólo conseguirá matarlas a todas —dijo Anucia.

—No es necesario que mienta, Anucia. Sé la verdad… La mujer

que enviaron a mi planeta podía vivir. Era una autómata alimentada por la energía del cerebro piloto.

— ¡Lo ha descubierto!

—Y he descubierto otras cosas, Anucia... No piense ni por un momento que Nágara pensaba en dejarla sustituía de su reino maldito.

—Eso no es verdad. Ella me lo había prometido.

—En cambio me ha ofrecido la vida si yo me quedaba para procurarle un heredero.

—¿Qué?

—Nágara sabe positivamente que toda su labor nefasta terminará cuando ella muera y quiere un heredero... Yo hubiera podido dárselo.

— ¡Esto no es verdad!

—Sí lo es, Anucia. —Y dirigiéndose a Kassier, informó—: Ya no necesitaremos a los cirujanos. Llévense a todas las chicas. Que vengan cuanto antes sus naves.

—Gracias, doctor K. Gracias —murmuró el jefe del departamento de Defensa, y se apresuró a transmitir la orden por su aparato de larga distancia.

Anucia, frenética e irritada, aprovechó aquel momento de euforia para escapar.

— ¡Cuidado! —advirtió Hanora.

Anucia corría ya por la escalera, descendiendo al interior del cráter.

—Aléjense tanto como puedan —dijo Karban—. Huyan en cuanto lleguen las astronaves.

— ¿No vienes con nosotros? —inquirió Hanora.

—No. No sé lo que puede ocurrir abajo, pero no puedo dejar solas a esas dos mujeres.

Anucia llevaba ya una buena ventaja a Karban.

Corría por el pasillo hasta el laboratorio.

Nágara se retorcía entre los correajes que la sujetaban.

— ¡Quítame esto! —gritó, al ver entrar a Anucia, demudada, con los ojos demenciales, vengativos—. ¡Quítame esto! Faltan sólo tres grados para que estalle. Quítamelo. Te lo ordeno.

—Me habías prometido ocupar tu puesto... —repuso Anucia, acercándose lentamente.

— ¡Claro! Y mantengo mi promesa, pero quítame esto.

—Sin embargo, el doctor K. me ha dicho...

— ¡Mentiras! Todo mentiras para salvar su vida...

—No son mentiras. El doctor tiene razón... Nosotras moriremos alguna vez, no poseemos el secreto de la eternidad... Y tú no quieres destruir el mundo que has creado... Necesitas un heredero... Necesitas emparejarte como hacen en todos los habitáculos de todas las

galaxias, necesitas unirte al varón para la descendencia... No te creí capaz de engañarme... Creo que he estado ciega, tan ciega como esas infelices que gobernabas a tu antojo.

—Deja ya de hablar. El tiempo pasa y el control va a estallar.

— ¡Muérete, Nágara! ¡Muérete!

—No seas loca, Anucia... Todavía podemos salvarnos... Les destruiremos con los rayos.

— ¿Para qué?

—Escucha... Ellos no podrán atacarnos nunca porque esas mujeres les pertenecen... Y nuestras armas no alcanzan su habitáculo... Ha fallado lo del doctor K., pero encontraremos a otro sabio... Destruyámosles ahora... Desconecta los cerebros. Antes quiero ver a esas muchachas muertas y todos los frigios que hayan venido por ellas... Raptaremos otras y las gobernaremos... tú y yo...

Anucia dudó.

—Tú y yo. No habrá distingos, compartiremos el mando, Anucia. Hazme caso.

En el reloj-contador quedaba un solo punto.

Un grado y la aguja llegaría al rojo, al final de su recorrido, y Nágara sabía lo que iba a ocurrir entonces.

—De acuerdo, Nágara —murmuró Anucia, lentamente, pero no hizo nada para quitarle las correas.

— ¡Date prisa! —rogó ella.

—Haré lo que tú me has dicho, Nágara. Pero gobernaré sola...

— ¡No!

—Sí, Nágara. Yo sola. Adiós.

—No me dejes, Anucia, ven. Ven...

Pero Anucia salió del laboratorio.

Por el corredor avanzaba ya el doctor Karban, cuando vio salir del laboratorio a Anucia y dirigirse hacia el exterior.

No podía adivinar lo que estaba sucediendo.

— ¡Eh, Anucia! —gritó.

Pero la doctora no le escuchaba. Frenética, se dirigía hacia la sala de control general.

CAPITULO XXI

Alejados del cráter, Kassier y las muchachas, en un número aproximado a las trescientas, avanzaban por la superficie del planeta.

Y entretanto, Anucia había llegado ya a la sala del control general y empezaba a manipular en los aparatos.

Primero, el rayo.

El foco destructor iba a terminar con las fugitivas y el jefe que las guiaba.

Karban apareció en el laboratorio.

Anucia se volvió frenética. Sus manos alcanzaron uno de los punzones de gas.

— ¡Cuidado! —previno.

Karban pensó que en los acontecimientos de los últimos momentos había perdido el suyo.

—Ahora soy yo, doctor K... Yo soy el jefe. Domino por entero la situación.

— ¿Qué intenta?

—Destruir lo que he creado, doctor... —Escuche. Esto es una locura. Es matar por matar.

— ¿Estaba mejor hecho cuando Nágara era la soberana absoluta?

—No estaba mejor ni antes ni ahora. Pero... ¿Nágara?

Imaginó lo ocurrido.

Durante unos instantes se produjo un completo silencio entre el hombre y la mujer.

Nágara, en un desesperado esfuerzo por librarse de las ataduras, arrastró parte del tablero, del que surgieron algunas chispas.

Las chispas se transmitieron a uno de los controles de la sala general.

Anucia se apartó instintivamente.

Aquel breve momento lo aprovechó Karban para saltar hacia una especie de vitrina.

Allí había otras armas, y entre ellas, varios punzones como el que esgrimía Anucia.

— ¡Quieto! —exclamó ella, haciendo salir el gas, pero Karban se encontraba protegido por aquella vitrina en forma de columna.

Rompió de un golpe la especie de cristal y sacó un punzón y lo empuñó.

— ¡Cuidado, Anucia! Todavía está a tiempo de rectificar... Suelte su arma.

En el laboratorio, Nágara no renunciaba a su vida. Se debatía, se retorcía entre las ataduras.

La aguja estaba ya muy próxima al punto fatídico.

Gritaba, viendo próxima su muerte. Era realmente el fin que tantas veces había destinado a otras mujeres en sus experimentos o puro placer. Ahora iba a ser para ella.

Y mientras, en la sala, Anucia dominaba el pupitre principal. Corrió para pulsar un botón.

¡El azul!

—No... Esto paralizará el cerebro de las mujeres —gritó el doctor Karban.

—No intente acercarse.

Karban pensó que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo.

¿De qué habría servido su esfuerzo si aquella doctora enloquecida aniquilaba a las mujeres?

Asomó un momento y soltó un chorro de gas, pero Anucia había retrocedido hasta otra de las columnas.

Disparó a su vez para impedir que Karban pudiera salir.

Transcurría el tiempo y...

En la zona exterior, las muchachas comenzaban a desvanecerse.

— ¿Qué está ocurriendo? —exclamó Kassier.

Hanora pudo contestarle en medio del caos general, a punto también de desmayarse.

—El control... Han cerrado nuestro control...

*

Llegaban ya las primeras naves. Eran dos. Una conducía a los cirujanos y una pequeña escolta. La otra estaba ocupada únicamente por los luchadores.

Kassier dio órdenes.

—Ayudad al doctor Karban... Está dentro. Algo está sucediendo.

— ¿Qué les pasa a las muchachas? —preguntó el comando jefe.

—Están regidas por un control. Ayudad a Karban. De prisa. Ayudadle si queréis salvarlas.

— ¡Vamos! —exclamó el comando jefe.

Los hombres a sus órdenes llevaban puesto el motor unipersonal y volaron en dirección a la entrada del cráter.

Una pantalla reflejaba la escena y Anucia desde la columna podía verlo.

—Ahí están... Les destruiré, les destruiré.

Poseída de un extraño y loco frenesí corrió hacia el pupitre para manejar el rayo.

Karban salió a su vez.

— ¡No! ¡Quieta!

Ella se revolvió para soltar un chorro de gas, pero Karban saltó a un lado evitando que el pequeño pero mortífero chorro pudiera alcanzarle.

Disparó a su vez y Anucia corrió hacia la puerta del fondo protegida por la columna.

Sin dudarlo, Karban accionó la palanca que ponía en funcionamiento al cerebro-piloto.

Instantáneamente la vida volvía a las muchachas.

Salió en pos de Anucia.

« ¿Quién sabe de lo que será capaz de hacer esta demente?»

Pasó a la sala contigua. No estaba tampoco allí.

Corrió hacia el siguiente recinto. Se encontró ante un tablier más reducido de mandos.

Estaba en los aposentos particulares de Nágara.

Un contador señalaba la aguja oscilante en el grado veinticinco.

Vio una palanca con una inscripción debajo.

Era el paro absoluto de todos los controles a distancia.

Lo accionó en el momento en que la aguja caía sobre el punto rojo del grado veinticinco.

Nágara se había desmayado esperando la muerte.

—No quiero ser tu verdugo, Nágara —dijo a través de un micro—. Serán los hombres de Frigio quienes te juzgarán.

Miró en derredor buscando a Anucia.

Le preocupaba no encontrarla.

Decidió avanzar. No advirtió la puerta disimulada detrás del pupitre, y Anucia llevaba el punzón que expelía el gas letal.

Apuntaba ya a Karban.

Nágara despertó en aquel instante. Al ver la aguja detenida, lanzó un grito.

Karban se volvió un instante hacia el tablero, de un modo instintivo.

Anucia se había vuelto también.

Fue suficiente para que el doctor advirtiera la presencia de la muchacha.

Estaban frente a frente. Los dos con sus respectivas armas.

Ella avanzó.

—No… No me obligues… No me obligues —murmuró el doctor.

Los ojos de Anucia tenían un extraño brillo.

De pronto su mano tanteó el pupitre.

—Yo… Yo… —empezó ella.

Parecía a punto de desvanecerse.

—Yo no quería… No quería…

Se desplomó.

Su mano derecha dejó caer el punzón mientras se aferraba con la

izquierda a la palanca. La misma que había accionado momentos antes Karban para evitar la explosión.

La palanca llegó hasta el tope.

A través del altavoz llegó la horrísona explosión.

Nágara acababa de desaparecer con las mismas armas que tantas vidas había segado.

Anucia soltó la palanca y quedó inmóvil en el suelo.

Karban se aproximó.

También estaba muerta... ¿Cómo había podido ocurrir?

No... Respiraba todavía como si lentamente su vida volviese, pero de forma muy débil.

—Anucia... Ha intentado quitarse la vida...

—No, doctor... El control —señaló la palanca—. Yo... Yo lo ignoraba, pero ese control era el que regía mi vida.

Los ojos de Karban se agrandaron.

—Usted...

—Yo también... No lo supe hasta que usted tocó esa palanca para evitar que Nágara estallara.

—Pero...

—Lo sé... Usted no es un asesino... Ama la justicia... Y no quiere luchar contra las mujeres... ¡Oh, doctor K! Me he dado cuenta demasiado tarde que existe otra clase de vida mejor.

El intentaba comprender. No era difícil.

Anucia pareció adivinar sus pensamientos.

—Nágara nunca me lo dijo. Mi vida dependía exclusivamente de ella. Los mismos grados de los relojes que servían para determinar el fin de una vida, controlaban la mía...

De repente, Karban tuvo un súbito presentimiento.

— ¿Quién pudo operarla? ¿Es que queda alguien más aquí dentro?

Ella ya no pudo replicar. Lanzó su último suspiro y quedó inmóvil.

Los hombres de Frigio se habían apoderado ya del recinto y llamaban a voces a Karban.

El subió lentamente los peldaños que conducían al exterior.

— ¿Está bien, doctor? —preguntó el jefe.

—Sí, perfectamente...

Habían llegado demasiado tarde para ayudarle. Todo había concluido.

Todo excepto averiguar varias cosas.

*

Los cirujanos habían trabajado a pleno rendimiento.

Karban también colaboró, a fin de librar a las mujeres de aquellos diminutos artilugios conectados con sus respectivos cerebros que casi

las habían convertido en autómatas.

Cuidó personalmente de operar a Hanora, a petición de la propia muchacha.

Y mientras ella se reponía en la cama, Kassier explicó:

—No. No queda ya nadie en el planeta maldito. He dado orden a mis comandos que lo destruyan para que no quede ni el recuerdo.

— ¿Seguro que no hay nadie más? —insistió Karban.

—Si lo que le preocupa es quién pudo operar a Anucia, le diré que la madre de Nágara era una excelente cirujano. Ella fue quien planeó y diseñó el habitáculo.

—Esto lo explica todo.

—Anucia creía ser distinta, pero en realidad era más autómata que las demás. He ahí el porqué de su extrema fidelidad.

—Bien, Kassier, voy a despedirme de Hanora.

— ¿Nos deja usted?

—Momentáneamente. Pero volveré… En mi planeta deben estar preocupados por mí.

*

No pudo escuchar la explosión que ponía fin a aquel habitáculo subterráneo, pero supo que algo había sucedido. Lo supo porque su mente recordó en un instante los puntos oscuros de su vida.

Y recordó la noche que impelido por una fuerza extraña, dejó sus estudios y se dirigió a la base.

Guiado por una fuerza poderosa que le atraía tomó una de las naves retiradas de circulación y emprendió aquel viaje sin que ni él mismo supiera su destino.

Luego comprendió que todo había sido planeado desde aquel subterráneo siniestro… Algún poder a distancia —a gran distancia— había obligado a su mente.

Ahora le parecía todo un sueño.

Volvía a ser de noche cuando regresó con la nave que le habían prestado en Frigio.

Se dirigió a su casa. Se sentía cansado y se echó a dormir.

No despertó hasta la mañana siguiente.

Rigod le esperaba en su despacho.

—Se te han pegado las sábanas —dijo.

— ¿Cómo?

—Es una hora más tarde que de costumbre.

— ¿Qué quieres decir…?

—Anoche cuando te dejé…

— ¿Anoche…? ¿Es que anoche estuvimos hablando?

—Sí… ¿No te acuerdas? Fue sobre el asunto del nuevo gas.

—Claro que lo recuerdo, pero…

No continuó. Pensaba que aquella conversación había tenido lugar mucho tiempo antes.

Para sus adentros exclamó:

« ¡De modo que todo ha sucedido en una noche!»

Le parecía increíble, pero recordó algo que no concordaba.

—Esa chica… La que te dio el reloj-contador y »luego te lo pidió de nuevo.

—De eso sí que hace más tiempo. Es tu secretaria.

Y la secretaria apareció en aquellos instantes.

¡Sí! Era la misma que él había visto a través de la pantalla. ¿Cómo no la había reconocido?

Entonces…

— ¿Todo ha sido un sueño? —murmuró en voz alta.

— ¿Has tenido pesadillas? Trabajas demasiado, amigo mío.

—No… No ha podido ser una pesadilla. Han sucedido demasiadas cosas, demasiadas… Discúlpame, Rigod.

Salió de su casa y corrió como un loco hacia la base. Necesitaba encontrar la nave con que había hecho el viaje de regreso.

Si la nave no estaba, sólo entonces creería que había soñado.

*

—Sí… Una nave. No pertenece a nuestros modelos —explicó al jefe de los servicios de vuelo.

—Un momento, doctor Karban. Consultaré con…

— ¡Espere! No es necesario.

Dos mecánicos estaban reparando una de las naves. Corrió hacia ellos y la examinó.

¡Era su nave! La que le habían prestado.

— ¿Qué están haciendo? —preguntó a los mecánicos.

— ¡Hola, doctor! Ya ve, lo de siempre… Esto se gasta más de lo que parece.

—Pero esa nave no pertenece a nuestra flota, ¿verdad?

—Es el nuevo modelo… ¿No lo sabía?

— ¿El nuevo modelo?

—Sí. Lo que no lleva es el número de serie. Pero pertenece a nuestra flota… ¿De dónde quiere que haya salido?

—Sí, claro…

Karban sonrió.

Sí. Podía ser idéntica al nuevo modelo… Una coincidencia tal vez, pero él sabía que pertenecía a otro mundo, a otro planeta.

Pensó en Hanora.

Luego en lo ocurrido.

No le cabía en la cabeza que todo hubiese ocurrido en una noche.

Desde el aeropuerto se puso en contacto con Rigod.

—Amigo mío… He decidido tomarme unas vacaciones. Tienes razón. Trabajo demasiado.

*

El mismo condujo la nave rumbo a Frigio.

¡La de cosas que pueden ocurrir en una noche!

Pero es que hay muchas maneras de contar el tiempo y de vivirlo.

Porque en resumen… ¿Qué es el tiempo?

¿Existe realmente el tiempo?

Pensó también en la muchacha que vio estallar en su propio planeta con el contador de Rigod.

También había sucedido. Posiblemente era una vieja escena, un experimento recopilado en las extrañas cámaras de Nágara… Le habían hecho vivir un corto período en una constante pesadilla.

Corto pero intenso.

Todo quedaba olvidado. Sí, olvidado como un mal sueño, pero quedaba algo. Hanora.

Sí. Hanora le esperaba.

Estaba en la base cuando él anunció su llegada. Bajó de la nave.

La vio aproximarse, radiante. Vestía otras ropas que resaltaban su hermosura natural que no precisaba de aditamentos.

Se encontraron los dos.

—Karban… Bésame como aquella vez hiciste —pidió ella.

Naturalmente, Karban no se hizo repetir la petición.

Y mientras besaba aquellos cálidos y sensuales labios sabía que no soñaba.

Y si soñaba… pidió no despertarse jamás.

FIN